

CRISTIANDAD



49 RAZON DE ESTE NUMERO

para la celebración del 1.º Congreso Catequístico Diocesano. CRISTIANDAD, consciente de la trascendencia de las cuestiones a tratar en el mismo y con el entusiasmo que le proporciona el poder coadyuvar con su modesta aportación a una consigna de nuestro prelado, dedica el presente número a estas cuestiones catequísticas tan poco en consonancia en apariencia con el mundo materializado en que vivimos, entregado a una lucha sorda y despiadada. Sin embargo estas cuestiones son las que pueden volver al mundo hacia Jesucristo, el que dijo de sí: «Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida».

El **Editorial** conmemora el segundo aniversario de la aparición de CRISTIANDAD y comenta algunos juicios sobre la misma.

La Pastoral del Excmo. y Rvdmo. Dr. Modrego nos da la mejor y más autorizada introducción al Congreso Catequístico, a sus planes y objetivos.

En la Sección «**Plura ut unum**» presentamos los siguientes trabajos de colaboración:

El Catecumenado (págs. 144 y 145) por el Dr. José Vives.

Las pinturas de las catacumbas, catequesis intuitiva en la Iglesia naciente (págs. 146 a 149) por Francisco Camprubí, Pbro.

A propósito del Congreso Catequístico. Estampa catequística de un apóstol español (págs. 150 y 151) por Martirián Brunsó, Pbro.

San Ignacio, catequista (págs. 152 y 153) por Juan Creixell, S. I.

La Catequesis en Oriente (pág. 154) por I. Ortiz de Urbina, S. I.

Congregación mariana y Catequesis (pág. 155) por Roberto Coll.

En la Sección «**A guisa de tertulia**» publicamos un artículo de Jaime Bofill, titulado: **¿Filosofía escolástica o Filosofía tomista?** (págs. 157 y 158).

Cierra el número el acostumbrado **Noticiero Quincenal**.



CRISTIANDAD

REVISTA QUINCENAL

SUSCRIPCIÓN:

Anual 48'00 ptas.

Semestral . . 24'00 "

Número ordinario: 2'50 ptas.

Nota de la Administración

Próximo a aparecer el índice de los números publicados durante el ppdo. año de 1945, nos complacemos en poner en conocimiento de nuestros lectores que podremos servirlo a los que lo soliciten, así como nos encargaremos de la encuadernación de los ejemplares de dicho año, al igual que se hizo con los de 1944.

La Administración

Equipos Cinematográficos

Maquinaria nueva y reconstruida - Instalaciones económicas garantizadas - Carbones - Recambios - Accesorios, etc.

Gabriel Cantijoch

URGEL, 92

BARCELONA

El Monte Carmelo

Revista de Estudios Carmelitanos



Padres Carmelitas Descalzos

Burgos

CRISTIANDAD

NÚMERO 49 - AÑO III

REVISTA QUINCENAL

Diputación, 302, 2.º, 1.º - Teléf. 22448

BARCELONA

1 Abril de 1946

Cruz, 1 1.º - Teléfono 25675

MADRID

DOS AÑOS HA

En la fecha en que sale este número, dos años atrás, el 1.º de abril de 1944, apareció nuestra revista. A los ojos de todos nos mostramos con esa cabecera que en letras grandes y en tinta roja, como color más destacado, lleva por nombre CRISTIANDAD.

Creemos poder decir sin inmodestia, pues fué una realidad, que tal aparición causó sorpresa. ¿Qué será?, ¿qué pretenderán?; y hasta: ¿cómo es posible que se atrevan a publicar un título tan descarado?, fueron, sin duda, preguntas que se formularon gran número de aquellos que por primera vez tuvieron nuestro número entre las manos.

Es posible que el factor novedad influyese en gran manera en su pronta difusión; pero, pasada la misma, es lo cierto que con ese título, heraldo manifiesto de su contenido, y con todo, la progresión del número de nuestros lectores se mantuvo constante, y al cabo de esos dos años así sigue.

Tres puntos de vista

A través de todo ese tiempo son muchas las opiniones que hemos llegado a conocer sobre nuestra publicación. Hay juicios de todas clases: favorables y adversos. No es cosa de citar toda la amplia gama de ellos; nos limitaremos, en consecuencia, a hacer mención de algunos que den la tónica del conjunto de los mismos.

El primero es el del escéptico. Aquel que en cierta ocasión hablando con uno de nuestros redactores, al manifestarle éste su prisa por venir a la redacción, preguntó, real o ficticiamente sorprendido:

—Pero, ¿aún sale CRISTIANDAD?

—Pues sí, señor. Aquí le damos nueva respuesta, aún sale CRISTIANDAD.

Hubo en efecto quienes a la vista de la misma la consideraron como un difícil intento condenado al fracaso; en su fuero interno pensaron que la gente se aburriría una vez pasada la novedad; que la materia era tan limitada que, so pena de repetir, pronto acabaríamos con ella; y otras cosas por el estilo. Mas no fué así; ni dejó de salir, ni hubo decaimiento, pues bien al contrario, como decimos, la curva de difusión sigue trazo ascendente; ni cabe pensar en agotamiento de materia en una tarea que en su magnitud y en su perennidad es interminable.

El segundo es aquel que ya está un poco más convencido; es lector que nos aprecia y se interesa por la revista, pero que, sin embargo, no llega a percibir todo el fondo de la misma.

—Ustedes se limitan a copiar — nos dice —. Así es muy sencillo hacer una publicación, de tal forma está al alcance de cualquiera.

Nos aprecia, puede ser, pero no nos conoce, pues si tal fuera no podría dejar de ver que no sólo tal cosa no constituye defecto, sino que precisamente obedece a un plan y a un fin. Bien claro lo hemos expresado desde el primer momento; dentro de la adecuada proporción no hemos de prescindir, ni podemos, de los documentos, y ello por la sencilla razón de que precisamente lo que nos propusimos y seguimos proponiéndonos es darlos a conocer, comentarlos, difundirlos y, en una palabra, venir a ser portavoz de la Verdad, principalmente manifestada en los escritos de los romanos Pontífices. Una vez será el documento orientador, el que pudiéramos llamar bueno, que publicaremos como guía o norma; otras lo será por el contrario el mal, el que contiene principios e ideas nocivas, que daremos a conocer

para que constituya por contraste la manifestación del peligro que encierra y de la excelencia del remedio que en el otro se halla.

Por fin está el tercero, representado por aquel que ciertamente ha sabido hacerse eco del verdadero sentido, finalidad y trascendencia de nuestra revista. En este grupo con satisfacción podemos decir que podrían ser múltiples las citas. Por ser de las más recientes transcribimos a continuación la crítica aparecida en el diario "El Correo Catalán" del 28 de febrero pasado, algunos de cuyos párrafos dicen lo siguiente: "[...] Sus números son como cánticos de esperanza y al mismo tiempo, interesantes monografías históricas. Pero no de la historia narrativa, enumeradora de hechos y sucesos, sino de la historia del pensamiento en los aspectos que rozan con el dogma católico. CRISTIANDAD no se reduce al envoltorio y al estuche de los sucesos históricos, sino que hincó su estilete para aflorar las entrañas ideológicas que palpitan en cada hecho e impulsan los diversos acontecimientos. CRISTIANDAD es una auténtica revista de cultura católica; revista que sin caer en un indigesto tono profesoral, sabe superar con agilidad lo puramente periodístico. [...] Todos sus números responden a una sistemática y certera orientación y los trabajos que publica son interesantes y de amena lectura para toda persona ilustrada, deseosa de perfeccionar sus ideas sobre la raíz y la historia de los temas religiosos y sociales que, con razón, tanto preocupan en la actualidad. [...]"

¿Por qué se publica CRISTIANDAD?

Hemos dado fe de existencia en el primer apartado de nuestro editorial; luego hemos hecho una referencia sucinta de cómo se nos ve y juzga desde fuera. Nos parece natural que ahora hagamos una indicación de cómo nos vemos desde dentro.

Una crónica aparecida en un diario de esta ciudad, en el "Diario de Barcelona" de 2 de marzo pasado, nos da excelente motivo para concretarlo. Se titula "Lema de la semana de fraternidad", y se refiere a las actividades que se llevan a cabo en Norteamérica a fin de intentar establecer una serie de puntos de coincidencia primero, y una especie de unificación después, entre lo que llama las tres grandes religiones de los países civilizados: la católica, la protestante y la judía; habla de Conferencias nacionales, en E.E. U.U., de cristianos y judíos, de altas protecciones a la labor unificadora y hasta de la existencia en una población norteamericana de templos en donde se celebrasen ceremonias de uno y otro culto conjuntamente; algo así como un gran palacio de variedades religioso, donde cada cual puede acudir a presenciar el espectáculo de su preferencia.

El autor de esa crónica al escribirla, por muy ceñida que sea a la realidad, y los lectores al ser conocedores de ella y probablemente admitirla sin el menor escrúpulo, cuando no aprobación, son muestras las más evidentes de la infiltración y casi saturación del liberalismo religioso, de las esencias liberales en materia religiosa.

No puede ser; es algo que repugna tanto a la conciencia y al sentido de la catolicidad, como la enfermedad pueda repugnar a la salud, y tan incompatibles como una y otra. Catolicidad quiere decir universalidad, y mal puede ser universal nuestra religión si acepta como bueno y permanece en quieta unión con aquellos que viven en el error.

Por eso se publica CRISTIANDAD precisamente; para sostener lo contrario; para recordar que un siglo atrás, cuando nuestros pensamientos y nuestras ideas no se hallaban inficionadas de esencias liberales en modo alguno hubiera podido, no ya admitirse, sino ni siquiera escribirse una situación de cosas como la que indicamos.

El Congreso Catequístico de la diócesis barcelonesa

Esta diócesis celebra en los presentes días un Congreso dedicado a incrementar y perfeccionar la labor de enseñanza catequística.

Como no podía por menos de ser, hemos querido sumarnos a la empresa y al efecto dedicamos de modo expreso el presente número al mismo. Lo encabezamos con fragmentos de la magnífica Pastoral del Prelado, donde se sintetiza la razón de ser y la necesidad de tal enseñanza; y luego se completa con una serie de trabajos destinados a mostrar diferentes aspectos presentes y pasados, de la tarea difusora de los principios básicos de la fe católica.

Ciertamente si la enseñanza del catecismo no se hubiera enfriado hasta tal grado como se halla en el presente, y si éste fuera mucho más sólidamente conocido, no fuera posible el que se publicase y leyese con tanta pasividad artículos como al que anteriormente hacemos referencia.



Catecismo, Catecismo, Catecismo

CARTA PASTORAL DE SU EXCIA. RVMA.

Al venerable Clero secular y regular, y a todos los fieles de nuestra amada Diócesis.

Paz y Gracia en el Señor:

Haec est vita aeterna, ut cognoscant Te, solum verum Deum et quem misisti Iesum Christum.

«Esta es la vida eterna, que te conozcan a Ti, único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien enviaste».

10., 17, 3)

En el primer escrito pastoral que os dirigimos luego de habernos posesionado de esta Sede barcelonesa, venerables Hermanos y amados Hijos, al esbozar el programa que nos proponíamos desarrollar durante nuestro pontificado, consignamos en lugar preferente la catequesis o enseñanza de la Doctrina cristiana.

Decíamos entonces: «Sabemos cuán bien se trabaja en esta Diócesis en la catequesis de niños; pero hay que incrementar esa obra importantísima, perfeccionándola cuanto sea posible, dándole la máxima extensión y eficacia».

Y repetíamos al convocar, en septiembre de 1943, la Tercera Asamblea Catequística, con estas palabras: «Queremos que de día en día se perfeccionen los métodos de enseñanza del Catecismo de la Doctrina cristiana; que aumente el número y el fervor de los colaboradores en tan fundamental obra de apostolado; que el magisterio de los sacerdotes y catequistas llegue a todos los niños de la Diócesis. Queremos que se multipliquen las catequesis; que todas ellas sean modelo en su género, verdaderas escuelas de formación sólidamente cristiana y piadosa; centros de seria iniciación en la vida sobrenatural».

«Para lograr todo eso, añadíamos, en la medida de lo posible, echaremos mano de todos los medios que estén a nuestro alcance. No sentiremos nuestra conciencia tranquila, no podrán sentirla tampoco los sacerdotes y los seglares que tengan celo por la dilatación del Reino de Jesucristo, mientras haya un solo niño que, pudiendo ser catequizado, crezca sin conocer ni amar a Dios, como debe ser conocido y amado, y sin abrir su alma a las luces e influjos sobrenaturales.

No un niño, sino muchos miles, como arriba hemos afirmado, crecen de esta manera; lo que quiere decir que los esfuerzos ordinarios hasta ahora realizados no han logrado todo, y por consiguiente no pueden dejarnos tranquila la conciencia, que nos pide algo más fuerte y práctico.

Por esto este año de gracia, 1946, queremos consagrarlo especialmente a esa actividad fundamentalísima del apostolado católico, y, hemos acordado la celebración, en la primavera próxima, de un Congreso Catequístico diocesano que sea estudio, propaganda, estímulo, orientación y progreso de la labor catequística diocesana.

Objeto de esta Pastoral

Con la presente Pastoral Nos proponemos iniciar y orientar esta campaña catequística extraordinaria, a cuyo fin exponemos brevemente la excelencia, importancia y necesidad del Catecismo, y exhortaremos e invitaremos a cumplir el oficio de catequista a todos los que o por su cargo están obligados a cumplirlo o por las dotes y gracias que el Señor les concedió pueden cooperar a esa gran obra de apostolado.

La Catequesis, preocupación constante de la Iglesia

La catequesis nació con la Iglesia. Es la obra de apostolado más universal y constantemente practicada; ninguna como ella fué con tanta frecuencia y con tanto encarecimiento recomendada y ordenada por los Papas y por los Concilios.

El Tridentino, recogiendo la tradición de quince siglos, dió sabias ordenaciones respecto a la instrucción religiosa y especialmente a la catequesis de niños y rudos, que presentó como la mayor y primera obligación de los que tienen cura de almas (Sesión XXIV, *De reformatione*, capítulos 4 y 7).

Lo mismo repitió el Código de Derecho Canónico en su canon 1329, que dice: «Es deber propio y gravísimo, especialmente de los pastores de almas, el procurar la instrucción catequística del pueblo cristiano».

Antes y después del Concilio de Trento, antes y después de la promulgación del Código de Derecho Canónico, Padres y Teólogos, Papas y Concilios encarecieron, urgieron y orientaron la enseñanza de la Doctrina cristiana.

Baste citar entre los Padres de la Iglesia a San Cirilo de Jerusalén; San Agustín, con su libro famoso «De Doctrina Cristiana»; entre los teólogos, el Doctor de la Iglesia San Pedro Canisio, autor de varios notables catecismos y celoso promotor de la catequesis; entre los Papas, León X, que, en la Constitución séptima promulgada en el quinto Concilio de Letrán, urgió, entre otras cosas, que los maestros y maestras dieran a los niños y niñas el alimento vital de la sana e incorrupta doctrina; San Pío V, que realizando los deseos y mandatos del Concilio de Trento, publicó el famoso y sabio Catecismo que lleva su nombre, y que tanto ha influido durante siglos, sin que haya perdido actualidad, en la instrucción del pueblo en la Doctrina cristiana; Benedicto XIV, el cual, siendo Prelado, desplegó un celo infatigable por la enseñanza del Catecismo de la Doctrina cristiana, y desde la Cátedra de Pedro publicó la encíclica «Etsi minime», fundamentalísima en materia de catequesis. La encíclica «Acerbo nimis», de Pío X, al propulsar grandemente en nuestros días la enseñanza del Catecismo, despertó muchas y selectas vocaciones para este apostolado y señaló el inicio de una época de florecimiento catequístico. El Motu Proprio «Orbem Catholicum», de Pío XI, de carácter orgánico, contribuyó mucho a la eficacia de la catequesis, y el reciente Decreto «Provido sane consilio», publicado bajo su Pontificado el año 1935, por la Sagrada Congregación del Concilio, ordenó admirablemente cuanto se refiere a la enseñanza de la Doctrina cristiana a los niños y adultos. Finalmente, el actual Pontífice Pío XII, en sus frecuentes alocuciones y admirables discursos, ha aludido repetidas veces a la enseñanza del Catecismo, del que ha dicho, entre otras cosas, que es «de suma y esencial importancia», «código de la fe y de la moral cristianas».

Concepto integral de la Catequesis

Según el mentado Decreto «Provido sane», tres son las actividades fundamentales de la catequesis, a saber: proporcionar a los fieles «lumen divinae veritatis», *la luz de la verdad divina*; «normam divinae legis», *la norma de la ley de Dios*; «subsidia divinae gratiae», *los auxilios de la gracia divina*; encaminadas a una doble finalidad, a que todo fiel pueda saber las cosas que ha de obrar, «*quae agenda sunt videre*», y adquirir fuerzas para cumplirlas, «*et ad implenda quae agenda viderit convalescere*» (1).

Cuando pensábamos en comentar esas palabras vinieron a nuestra memoria las que ha tiempo habíamos leído en el Padre Granada, y que transcribimos como óptima definición de la catequesis.

«Tres cosas se requieren para hacer a un hombre verdaderamente bueno y virtuoso, que es el fin que la Doctrina

(1) *A. A. Sedis*, a. 1935, pág. 146.

cristiana pretende. La primera es ganarle la voluntad y persuadirle que quiera y se determine a bien vivir. La segunda es enseñarle qué es lo que ha de hacer para bien vivir. La tercera, declararle cómo alcanzará fuerzas y espíritu para vivir esta manera de vida.

Estas tres cosas enseña la Doctrina cristiana más altamente que todas las doctrinas del mundo, con tres cosas principales de que trata, que son: Artículos de la Fe, Mandamientos y Sacramentos. Porque los Artículos de la Fe nos persuaden a bien vivir, alejándonos y poniéndonos delante el juicio de Dios, el paraíso, el infierno, los beneficios divinos y otras cosas que a esto nos puedan mover. Los Mandamientos de la Ley nos enseñan a bien vivir, declarándonos lo que para esto debemos hacer y debemos huir. Y porque esto no se puede hacer con solas nuestras fuerzas, por haber quedado la naturaleza estragada por el pecado, socórrenos los Sacramentos por el espíritu y gracia que nos dan, por virtud de la pasión de Cristo, los cuales nos dan fuerzas para cumplir todo esto... Con los cuales se junta la oración; porque así como los Sacramentos tienen virtud para dar gracia, así la oración tiene por oficio pedirla, y así nos ayuda en esa misma demanda (2).

Expongamos brevemente estos conceptos.

El Catecismo es luz de la verdad divina

No basta, dice Benedicto XIV, creer confusa e implícitamente los misterios que Dios ha revelado y la Iglesia Católica nos propone, sino que han de ser expuestos y explicados por magisterio legítimo y fiel, "recte et ex ordine", sencilla y ordenadamente, no sólo los que es necesario creer con necesidad de medio, sino también los que lo son con necesidad de precepto (3).

Tal es el fundamental deber del catequista, si ha de lograr el efecto saludable de llenar de luz el alma de los catequizados. El conocimiento de los misterios y dogmas fundamentales de nuestra Religión aun siendo lo compendioso y somero que exige la catequesis de niños, abre a la inteligencia horizontes amplísimos y eleva el alma a concepciones sublimes, a que no alcanzan los sabios según el mundo.

Séanos lícito traer a este propósito las palabras del actual Sumo Pontífice Pío XII, pronunciadas en audiencia pública de 5 de mayo de 1943.

"Incluso a aquellos que no poseen sino los compendiosos enunciados del Catecismo, la palabra de la revelación dice la verdad de Dios. Elevando incomparablemente el espíritu sobre las concepciones groseras de los dioses del paganismo; sobre los conceptos más nobles, pero cortado en su vuelo, relativos a la Divinidad, a los que se elevó la razón de un Sócrates y de un Platón, de un Aristóteles y de un Cicerón; elevándolo sobre la antigua y santa, pero incompleta, revelación que Dios había hecho a su pueblo escogido, el mensaje de Cristo, Maestro de su pueblo y de todas las gentes, nos descubre al Dios viviente, no en una fría soledad, sino en la infinita felicidad de su pensamiento y de su amor fecundo, en el esplendor de su inefable Trinidad; sublime mensaje de luz incomparable, que nos muestra a Dios, que con un simple acto de su voluntad, no para adquirir algún bien, sino para manifestar la inexhausta difusión de su bondad, crea el universo con todas sus maravillas; da a todas las naturalezas, en el mar del ser, el instinto, las leyes del impulso que las guíen en su marcha a diversos puertos; siembra a través de los días, de siglos, la vida sobre la tierra, y todo para preparar al hombre, el último llegado, la estancia feliz con el gozo de su Señor.

Pero la verdad respecto al hombre, que se nos ha declarado en la Revelación, es a la vez triste y confortante. Dios le

había dotado de preciosos dones sobrenaturales y preternaturales, y el hombre cae de la misteriosa participación de la vida divina; pero Dios, en su ternura paterna, no le abandonó y decidió volverle a levantar a la dignidad perdida. Y ésta es la admirable historia de la inefable Redención humana: el Hijo de Dios, hecho Hombre, convertido en hermano nuestro, guía nuestro, amigo nuestro, modelo y maestro de la verdad y de virtud, pan nuestro de vida eterna; el Hombre-Dios, que expirando sobre una Cruz y resucitando del sepulcro, sube a la gloria como abogado nuestro ante el Padre, para prepararnos allí arriba nuestra eterna morada de felicidad, enviando acá el Espíritu Santo, Espíritu de amor infinito de Dios Creador y Redentor, a habitar en nosotros, alma de nuestra alma, vida de nuestra vida, voz de nuestra plegaria, suspiro de nuestros afanes. ¿Qué más? Nuestro Salvador dejó aquí su Iglesia, esposa de su sangre, depositaria indefectible de la infalible palabra y dispensadora de la misericordia reparadora, para preservar a los hombres del error, para levantarles de toda caída, para afirmarlos en el bien y en la vía recta, para confortarlos en el dolor y en el ocaso de su vida. Más allá de nuestro ocaso, ¿qué va a ocurrir? La Revelación nos habla de nuestro porvenir y de nuestro destino; nos dice que seremos juzgados, y ¿por quién?, por aquel mismo Salvador que murió para darnos la vida, por aquel Hijo que constituyó a su Madre por Madre nuestra y Abogada de intercesión irresistible ante Él. La Revelación promete a nuestro arrepentimiento la remisión de los pecados; a nuestro cuerpo, sujeto a tantas miserias, indócil compañero y tirano insidioso del alma, la resurrección del polvo en que ha de convertirse, para volverse a unir inmortal con ella en una vida de felicidad imperecedera si una obstinada repulsa de la salvación no cierra para siempre al hombre la puerta al gozo del Señor" (4).

Llenará el catequista su noble misión si al exponer sencillamente tan sublimes verdades, con oportunas reflexiones sabe suscitar en el alma de sus discípulos los sentimientos de respeto y admiración, temor y obediencia, amor y confianza, a que tanto dispone el conocimiento de la luminosa y admirable Doctrina católica.

El catequista, pues, no debe perder oportunidad de llamar la atención de sus alumnos sobre las consecuencias prácticas que se deducen de las verdades que les explica, hasta lograr que se determinen a bien vivir, como dice el Padre Granada, esto es, con la dignidad de hombres creados por Dios, redimidos con la preciosa sangre de Jesucristo y destinados a una felicidad eterna.

El Catecismo,

norma de bien obrar conforme a la ley de Dios

Aprovecharía poco, dice el Padre Granada, que uno estuviera determinado a servir a un Rey, si no supiera cómo y en qué había de servirle.

Por fortuna nuestra, Dios nuestro Señor y Rey nuestro, hizo la misericordia de revelarnos su voluntad sobre el modo como habíamos de servirle.

Al conocimiento, pues, de los misterios de las sublimes verdades de nuestra Religión, que convencen de la necesidad de amar y servir a Dios, debe acompañar el de los santos Mandamientos, que nos enseñan las cosas que hemos de evitar y las que hemos de cumplir para corresponder a ese amor de Dios y servirle dignamente.

Ha de insistirse mucho en esta parte práctica de la Doctrina cristiana mediante una clara, sencilla y completa explicación de los Mandamientos de la Ley de Dios y de la Iglesia, con las virtudes que ellos preceptúan y de los vicios que condenan, de forma adecuada a la capacidad de los catequizados, no contentándose con explicaciones teóricas, sino contrastando con la realidad de la vida en cada momento la doctrina de los Mandamientos.

(2) Granada, *Guía de Pecadores*, Clásicos castellanos, Espasa Calpe, vol. 97, págs. 9-11.

(3) Enc *Etsi minime*. C. I. C. F., vol. I, pág. 715, § 1.

(4) Edición de la A. C. E., vol. 6, *El mundo intelectual*, págs. 224-226.

“Lejos estamos, os diré con Pío X, de afirmar que la malicia del alma y la corrupción de las costumbres no pueden coexistir con la ciencia de la religión. Plugüiese a Dios que los hechos demostrasen lo contrario. Pero entendemos que cuando al espíritu envuelven las espesas tinieblas de la ignorancia, no puede darse ni la rectitud de la voluntad ni las buenas costumbres, porque si caminando con los ojos abiertos puede apartarse el hombre del buen camino, el que padece de ceguera está en peligro cierto de desviarse. Añádase que en quien no está enteramente apagada la antorcha de la fe, todavía queda esperanza de que se enmiende y sane la corrupción de costumbres; mas cuando la ignorancia se junta a la depravación, ya no queda espacio para el remedio, sino abierto el camino de la ruina” (5).

El Catecismo, escuela práctica de vida sobrenatural

Mucho es que el hombre llegue a conocer, como quiere San Pablo, “*quae sit voluntas Dei bona et beneplacens et perfecta*”, cuál sea la voluntad de Dios, buena, grata y perfecta (6). Pero el conocimiento de la Ley por completo que sea, no basta para cumplirla íntegramente. Necesita el hombre de la gracia sobrenatural, no sólo para que sus obras sean saludables y positivamente le conduzcan a la vida eterna; sino también para sanar y vigorizar nuestra naturaleza, herida y debilitada por el pecado original.

El Catecismo no sólo da a conocer a Dios y su santa Ley, sino que muestra las fuentes y medios que el Señor ha puesto a nuestro alcance para obtener la gracia necesaria que sana y eleva, esto es, los Sacramentos de la nueva Ley, que causan eficazmente la gracia y la aumentan, y la oración, que también nos es necesaria para obtener los auxilios sobrenaturales.

No olvide el catequista que el mundo tiene hoy un sentido puramente natural y positivista de la vida; que ignora o desprecia el orden sobrenatural. Ha de insistirse, pues, mucho en inculcar desde la edad más temprana a los niños la excelencia y necesidad de la gracia sobrenatural, y ha de acostumbrarse a vivir esa vida, inspirándoles horror al pecado que destruye la gracia, amor a la frecuencia de Sacramentos y el espíritu de oración que la dan y la nutren.

Necesidad absoluta del Catecismo

Solamente el Catecismo así enseñado, y así aprendido, nos dará hombres de fe, que conozcan a Dios no sólo con la débil luz de su razón, sino entre los esplendores de la fe, aceptando con humildad y con docilidad las verdades que Dios se dignó revelarnos y la Iglesia nos enseña; hombres obedientes a toda Ley, también a las leyes humanas justas, que de la Ley de Dios derivan su fuerza de obligar; hombres de vida sobrenatural, alimentados en los santos Sacramentos, y puestos por la oración bajo el influjo de la gracia de Dios; vigorizados para toda empresa espiritual, por ardua que sea, luchadores victoriosos contra todas las pasiones desordenadas, contra las sugerencias del mal espíritu y contra los escándalos de un mundo pervertido y semipagano.

De ello resultaría gran ventaja no sólo para el bien eterno de los hombres, sino para la misma sociedad civil, pues la Doctrina cristiana contiene verdades e inculca virtudes que no sólo forman al cristiano cabal, sino también al ciudadano perfecto.

El Catecismo enseña al hombre la existencia de Dios, que como Padre amoroso vela sobre él, quiere su bien y su salvación temporal y eterna.

Le hace conocer de dónde viene, a dónde va y qué camino debe seguir para conseguir su fin. Le hace comprender la excelencia de su alma, rescatada con la preciosa Sangre de Jesucristo, de valor infinito. Le pone ante los ojos la fealdad

y malicia del pecado, que no sólo acarrea la condenación eterna, sino que es una grave ofensa a la grandeza y majestad de un Dios que nos amó hasta la muerte, y que es por tanto digno de toda nuestra gratitud y adoración.

Inculca la necesidad de amar al prójimo como a sí mismo, de posponer el interés privado al público y el deber de dar, aun la vida, por el bien superior de la Religión y de la Patria. Le hace conocer los medios que Jesucristo ha puesto al alcance de cada uno de nosotros para conseguir la gracia que no es necesaria para nuestra santificación.

Contiene, por tanto, el Catecismo un complejo de verdades sublimes, de leyes, de preceptos, de medios aptos para conducir a todos a la propia perfección” (7).

El Catecismo, único remedio contra los males presentes

En medio de la crisis actual de valores morales, este mundo torturado por la última cruentísima contienda, que busca solución a los gravísimos problemas de la postguerra, que anda tras un soñado orden nuevo en el que no pueda producirse el fenómeno horroroso de la guerra, ha clamado por boca de sus más representativos hombres de Estado que hay que volver los ojos a la doctrina de Jesucristo, a los principios cristianos, y que es de lamentar que después de tantos siglos, gran parte del mundo no cumpla todavía los diez mandamientos de la Ley de Dios.

Es sin duda alguna consolador que el mundo comience a buscar la luz, pero es de desear que no se pare en el camino y que llegue al conocimiento de la verdad que Dios nos reveló por boca de sus Profetas y últimamente por su divino Hijo. Oiga el mundo la voz del dulce Cristo de la tierra, del Vicario de Jesucristo, del Papa que, en todo momento, ha levantado su voz por la verdad, por la justicia y por la paz.

Sería de lamentar que los hombres, en vez de ir hacia la verdad de Dios, se encerraran en la obscuridad de su pobre razón. Cabalmente la causa de los males que padecemos es la ignorancia de la verdadera doctrina de Jesucristo, y una crecida soberbia, al creerse el hombre que se basta a sí mismo. Si los hombres, a pesar de las lecciones de la Historia contemporáneas, persisten en no querer amar y obedecer al Cristo verdadero, al Dios-Hombre, Redentor nuestro, sino al que ellos se fingen, según la exigencia de sus egoísmos y apetencias; si no abrazan la moral que Jesucristo predicó, sino la que a ellos acomoda, en vano buscarán remedio a los males presentes, y se repetirá el caso del Areópago de Atenas con su altar dedicado “*Deo ignoto*”, al dios desconocido (8). Parodiando a San Pablo les diríamos: no está lejos de vosotros, se halla en la Iglesia que El fundó, de la que hoy más que nunca puede decirse que es la Ciudad puesta sobre el monte. Todos puedan verla, y a todos están abiertas sus puertas; el que por ellas entrare, hallará la verdad que busca.

Por eso Nos, consciente de nuestro sagrado deber pastoral, pensando en aquellos de nuestros súbditos que no han abierto los ojos a la luz de la fe, por tener infructuosa la que se les inñundió en el santo Bautismo; pensando en aquellos en quienes se ha debilitado o se ha extinguido, y en aquellos que conservando todavía esta virtud fundamentalísima, quebrantan no obstante los Mandamientos de la Ley de Dios y de la Iglesia y no cultivan las virtudes cristianas, sino que se dejan arrastrar por las pasiones y por las falsas seducciones y halagos del mundo hacia los más degradantes vicios; pensando en aquellos que por ignorancia o deficiente formación religiosa no viven la vida sobrenatural, como si para ellos no hubiera abierto Jesucristo su costado y dejado en su Iglesia esos siete manantiales de gracia que son los santos Sacramentos, ni hubiera enseñado a orar, inculcando de palabra y con el ejemplo esa práctica tan necesaria y eficaz..., puestos nuestros ojos y nuestro corazón de Prelado en vuestro bien y

(5) *Acerbo nimis*, J. C. Fontes, vol. III, pág. 649, n. 6.

(6) Rom. 12, 2.

(7) S. C. Concilii, *Epistola ad Ordinarios Italiae*, A. A. S., a. 1924, pág. 287.

(8) Act. 17, 23 sig.

en procurar vuestra felicidad, levantamos nuestra voz para deciros a todos, a los que debéis aprender y a los que debéis o podeis enseñar: Catecismo, Catecismo, Catecismo.

Catecismo para niños, a fin de que desde que comiencen a brillar en ellos la luz de la razón, conozcan a Dios y crean en Dios, y las primicias de su corazón sean para amar, con amor verdaderamente filial, a su Creador y Señor, y sus primeros pasos reflexivos, ejercicio de candorosas virtudes infantiles. Crezcan los niños, a la vez que en edad, en sabiduría y gracia delante de Dios y delante de los hombres.

Aun antes de que alboree en ellos la luz de la razón, puede imprimírseles ya, y esto lo saben bien las madres cristianas, sentimientos religiosos, que disponen bien su espíritu para que antes y mejor se abran sus inteligencias a la luz de la verdad y sus corazones a los dulces estuvis del amor de Dios. Nuestra pedagogía sobrenatural es la antítesis de la roussoniana: al niño no hay que dejarle abandonado, pues sería víctima de las fatales consecuencias del pecado original; hay que ayudarle para que en él siempre triunfe la verdad y el bien, y se cierre el paso al error y al mal.

El canon 1372, § 1, del Código de Derecho Canónico prescribe que "todos los fieles han de ser educados desde su tierna infancia de suerte que no sólo no se les enseñe ninguna cosa contraria a la religión católica y a la honestidad de costumbres, sino que ha de ocupar el primer lugar la instrucción religiosa y moral".

Catecismo para los que, adultos por la edad, por su rudeza y por el abandono en que han vivido, en punto a Doctrina cristiana *son como niños*. Nuestra experiencia de Vicario General Castrense nos ha revelado cuán crecido es el número de esos analfabetos en religión. 14.757 han sido los soldados de nuestro Ejército que este año han recibido la Primera Comunión; y no eran esos solos los que ignoraban totalmente la Doctrina cristiana, sino otros muchísimos que, habiéndose acercado al Sacramento de la Eucaristía, olvidaron ya lo poco o mucho que entonces aprendieron de Doctrina cristiana.

Catecismo para los adultos que, guardando memoria de las verdades más rudimentarias de la Religión, han de ampliar y acomodar a las necesidades y contingencias de los tiempos lo que de niños y adolescentes aprendieron.

El Código de Derecho Canónico, en sus cánones 1330, 1331 y 1332, distingue claramente los tres grados de catequesis: la de niños y rudos, la de los adolescentes y la de los adultos. Es un gravísimo error creer que para todo el decurso de la vida bastan las primarias nociones del Catecismo. Para una vida cristiana fecunda, es necesario que a medida de la edad se vayan ampliando las lecciones de Catecismo, acomodadas también al diverso grado de cultura.

Claro es que, como hace notar el Decreto "Provido sane", la instrucción catequística ayuda principalmente a los niños y adolescentes, que constituyen la esperanza para el futuro, y hay que promoverla, por tanto, con especial interés, sobre todo en nuestros días, cuando, al mejorar notablemente la instrucción que en letras y ciencias humanas se da aun a la niñez, resultaría monstruoso que no subiera al nivel que le corresponde a la ciencia y práctica de la Religión (9).

Los obligados y llamados a la enseñanza del Catecismo

Para la realización de esa amplia e ingente labor catequística en sus diversos grados es necesario que no sólo los que por razón de su cargo o legítimo mandato a ella vienen obligados, sino también aquellos que por sus dotes y por la oportunidad que se les ofrece pueden aplicarse a la misma, no regateen esfuerzos y sacrificios para lograr los mayores frutos en ese campo del apostolado católico.

(9) Cfr. A. A. Sedis, a. 1935, pág. 146.

Pan y Catecismo:

Ante el Congreso Catequístico de Abril próximo

Pan y Catecismo, clamó hace años un insigne Prelado español. Pan y Catecismo, seguimos gritando; pues si la falta de pan, por injusticias sociales, pide inaplazable remedio, la ausencia del amor de Dios y la falta de la observancia de su santa Ley, por efecto de falsas predicaciones es, sin duda alguna, mayor desgracia todavía. Todo es posible, aun en el orden económico-social, cuando el pueblo cristiano está bien instruido y sólidamente formado en Religión, cuando vive la vida sobrenatural; cuando esto falta, nada basta, ni la abundancia de bienes terrenos, ni el progreso material, para lograr la felicidad y la pacífica convivencia de los hombres.

"Cierto es que Dios alaba grandemente (dice Pío X en la "Acerbo nimis") la piedad que nos mueve a procurar el alivio de las humanas miserias, más ¿quién negará que ha de colocarse muy por encima de ella el celo y trabajo mediante los cuales el entendimiento recibe las enseñanzas y consejos referentes, no a las necesidades terrenas, sino a los bienes celestiales? Nada puede ser más grato a Jesucristo, Salvador de las almas, que dijo de Sí propio por el profeta Isaías: Me ha enviado a evangelizar a los pobres" (10).

Mucho nos preocupa ciertamente la miseria material de nuestros amados hijos. Para evitarla estamos dispuestos a hacer cuanto podamos desde nuestro cargo episcopal. Nos duele que haya quienes padecen hambre, y son frecuentes nuestras exhortaciones, gracias a Dios casi siempre fructuosas, para que los afortunados abran sus manos en dádiva para los pobres. También es vehemente anhelo nuestro que el trabajo sea retribuido como exigen la justicia y la caridad. Queremos ver elevada la condición económica de las clases populares. Queremos que todos nuestros hijos tengan la satisfacción humana y justa de ver dignificado su trabajo, y abierto el camino para que los padres de familia obreros puedan atesorar para sus hijos y facilitar a éstos los medios de instruirse y de elevar su condición social. Y a este fin actualmente en nuestra capital se está haciendo propaganda de la doctrina social de la Iglesia Católica, y en su día, dentro del año próximo, Dios mediante, se celebrarán actos públicos y solemnes en una Semana o Congreso Social.

Pero permítasenos decir que lamentamos mucho más que la miseria del cuerpo, la miseria del alma, presa de la ignorancia y del pecado.

A cuantos sentís entusiasmo por la enseñanza del Catecismo, y debéis sentirlo todos los que deseáis el bienestar y la paz individual y social, la represión de la inmoralidad privada y pública, el refloreamiento de las virtudes cristianas y, en una palabra, la dilatación del Reino de nuestro Señor Jesucristo, con palabras que el Papa Benedicto XIV en la encíclica "Etsi minime" nos dirigía a todos los Obispos, "con el mayor interés que nos es dado, os exhortamos y amonestamos, y por la infinita Misericordia de nuestro Dios, encarecidamente os conjuramos para que, con ánimo esforzado y constante, llevéis a la práctica lo que os venimos diciendo, pensando seriamente que todo el trabajo, empeño y diligencia que pusierais a ese fin, Dios, dador de todos los bienes, ha de premiároslo con ricas mercedes" (11).

Parte, y prenda a la vez, de ese premio que del Cielo esperamos, sea la bendición episcopal que os damos de todo corazón en el nombre del † Padre, y del † Hijo, y del † Espíritu Santo.

Dada en nuestro Palacio Episcopal de Barcelona, sellada con el mayor de nuestras armas, y refrendada por nuestro Canciller Secretario, a veintidós de diciembre de mil novecientos cuarenta y cinco.

† Gregorio, Obispo de Barcelona.

(10) J. C. Fontes, vol. III, pág. 650.

(11) J. C. Fontes, vol. I.

(Del B. O. del Obispado.—Enero 1946)

El Catecumenado

Cuarenta días y cuarenta noches estuvo Moisés en la montaña del Sinaí preparándose para recibir la ley del Antiguo Testamento. Dios quiso rodear este acto simbólico de una grande aureola de majestad y misterio. Los artistas cristianos primitivos quisieron dar esa misma majestad inefable a la entrega de la ley (*traditio legis*) del Nuevo Testamento. San Pedro, el nuevo Moisés, recibe en las manos cubiertas por un riquísimo velo el rollo de la ley cristiana que le ofrece una mano emergiendo entre las nubes del cielo. Lo mismo quiso hacer la Iglesia primitiva en la "*traditio symboli*", entrega del símbolo de la doctrina cristiana, a cada uno de los fieles que recibía en su seno, exigiendo una preparación digna de tan sublime acto y rodeándolo de una serie de simbólicas ceremonias. Por esto instituyó el Catecumenado.

Aquella preparación y aquellas ceremonias, sencillas en un principio, fuéronse desarrollando progresivamente acomodándose a las modalidades y a las exigencias de los pueblos y de las épocas.

Cuando en los primeros días y años después de la Resurrección del Señor, el fuego del Espíritu Santo inflamaba con ardores irresistibles la predicación que los apóstoles y discípulos daban al pueblo escogido, la preparación pudo ser de horas, de momentos. Recuérdese la conversión de tres mil fieles el día de Pentecostés. La fulminante de Pablo. Como modelo del primer catecúmeno podríamos proponer el eunuco de la reina Candaces, el intendente de los tesoros del reino de Etiopía, cuando bajando de Jerusalén, sentado en su magnífica carroza y leyendo al profeta Isaías, se le junta, enviado por el divino Espíritu, el diácono Filipo para hacerle de catequista y anunciarle a Jesús como protagonista de aquellas profecías y, enseguida, bautizarle (Act. apost., 8, 25-40).

Pero en estos y otros casos parecidos se trataba de personas bien preparadas para ser recibidas en la Iglesia. Conocían y observaban una ley revelada, encomiada por el mismo Jesucristo. Sólo les faltaba reconocer en la persona de éste el cumplimiento de las profecías y disponerse con corazón puro a aceptar sus nuevas normas de perfección.

No era, por lo general, lo mismo cuando se trataba de gentiles o paganos infectados de la corrupción de sus falsas religiones. Y, como es sabido, pronto fueron éstos objeto preferido de la predicación ya desde los tiempos apostólicos. La Iglesia hubo, pues, de pensar en la organización de la enseñanza religiosa, de la catequesis entre los aspirantes a la recepción del bautismo. Llamáronse éstos catecúmenos, de la voz griega *κατηχεῖν* enseñar de viva voz ya que de esta manera eran preparados aquellos candidatos.

Antes de la época Constantiniana, en tiempo de persecuciones, no había, regularmente, el peligro de que los judíos e infieles solicitasen ser recibidos como cristianos por motivos puramente terrenes, de vanidad, de lucro, o de compromiso. Por esto no eran necesarias tantas precauciones, como lo fueron más tarde, para ser admitidos al catecumenado.

Por lo regular, los propósitos de las iglesias, obispos o presbíteros, exigían que los candidatos fueran presentados y recomendados por uno o varios fieles de la comunidad, que con el tiempo vinieron a ser los padrinos de bautismo. Hay que tener presente que era grande el espíritu de caridad y de proselitismo de los primeros cristianos y así se explica el rápido desarrollo del cristianismo. Los candidatos se reclutaban entre personas mayores o que habían pasado la niñez.

El padrino, pues, debía dar garantías al clero de que su protegido era persona de buena conducta moral, que no ejercitaba ninguna de las prácticas religiosas paganas, ni artes mágicas o supersticiosas. En el momento de la recepción del candidato, generalmente a cargo de un diácono, se le hacía la "*signatio*" o señal de la cruz en la frente y la imposición de manos. Así era aceptado como catecúmeno y admitido a todos los actos de instrucción o enseñanza, como en la primera parte de la misa.

Los documentos más antiguos que dan disposiciones concretas sobre el particular son, entre otros, los Cánones de Hipólito y el Testamento de Nuestro Señor. Suponen que el catecúmeno pasaba en este estado unos tres años, entrando entonces en la categoría de los competentes, o que pedían el bautismo con una preparación inmediata mucho más intensa durante las semanas, que con el tiempo fueron las anteriores a la Pascua de Resurrección, en que tenía lugar la colación solemne del sacramento del bautismo.

Este período de tres años podía, naturalmente, reducirse mucho por diversas causas y principalmente a petición del interesado que ofrecía garantías de estar preparado y dispuesto a llevar una vida verdaderamente cristiana. El famoso concilio de Elvira, a principios del siglo IV, fija el período de dos años para esta preparación. Por el contrario se alargaba indefinidamente cuando el catecúmeno recaía en pecados graves, siendo entonces sometido a penitencia.

Además de la enseñanza que el catecúmeno podía recibir en los actos oficiales del culto, especialmente en las lecturas comentadas de la antemisa, pronto se organizaron aparte verdaderas escuelas catequéticas. Tenemos noticias muy particularizadas de varias de ellas en las iglesias de Oriente, principalmente en Alejandría. Aquí Panteno, mártir, fundó una verdadera escuela de catequesis, que después, con Orígenes y Clemente alejandrino, se amplió convirtiéndose en una escuela de catequistas. A los principiantes se les leían y explicaban los libros más fáciles de la Escritura de carácter moral: Esther, Tobías, Judith, Libro de la Sabiduría. Atanasio recomendaba más tarde el "Pastor de Hermas" y la "Didaché". Los seis primeros capítulos de este último libro se habían escrito para los catecúmenos.

Sin embargo, la época floreciente del catecumenado, sobre la cual tenemos información completa, es la que va del siglo IV al VI, cuando aún entraban en la Iglesia grandes núcleos de personas mayores. En este tiempo la regulación rigurosa del catecumenado se hizo del todo necesaria, pues eran muchos los infieles que podían pedir el sacramento por motivos puramente humanos, dada la ventaja en que había quedado el cristianismo después de la conversión de los emperadores romanos.

San Agustín, a petición de su diácono Deogracias encargado de instruir a los catecúmenos, escribió un excelente tratado *De catechizandis rudibus* en que trata, con su acostumbrada maestría, de lo que se les debe enseñar y en qué forma para hacer atractiva la catequesis.

En este tratado el santo doctor explana, con geniales observaciones didácticas y psicológicas, primero en forma extensa y después en brevísimo resumen toda la doctrina de fe y moral cristianas. El resumen se da en forma de alocución, que comienza así: "Verdaderamente, hermano, es grande y verdadera aquella bienaventuranza que se promete a los

PLURA UT UNUM

santos (fieles cristianos) en el siglo futuro. En cambio, todas las cosas visibles pasan y toda la pompa de este mundo con sus delicias y vanidades perecerán arrastrando consigo a sus amadores. De cuyo perecimiento, esto es, de las penas eternas, queriendo Dios librar a los hombres, que no sean enemigos de él y no resistan a su misericordia, envió a su Hijo unigénito, esto es, a su Verbo, igual a sí y por el cual creó todas las cosas..." Y así continúa con breves alusiones a la obra redentora de Jesucristo, contrapuesta a la de Adán; a las profecías y a su cumplimiento en el hijo de María; a las herejías y males venideros a la Iglesia, al juicio final y a la resurrección; a las tentaciones, a la sociedad cristiana y a la esperanza en Dios.

Como en el período anterior, a los catecúmenos, al ser recibidos en la Iglesia, se les hacía la señal de la cruz en la frente y desde este momento podían llamarse cristianos. Se les hacía, además, la imposición de manos, no sólo en esta ocasión, sino también frecuentemente en las reuniones de la comunidad. Y como no podían recibir la Comunión o gran sacramento, se les daba a gustar, a modo sacramental, la sal bendita.

La enseñanza catequística, si bien se podía dar durante todo el tiempo del catecumenado, se procuró, principalmente, sistematizarla para las semanas anteriores a la recepción del bautismo, es decir, para cuando pasaban a la categoría de competentes.

Esto se hacía en España con gran solemnidad. Reunidos los catecúmenos con sus padrinos en el templo, tres diáconos subían al púlpito y uno después de otro decían en voz alta: 1.º "Si quis initiari quaerit sacramento fidei, det nomen" (Si alguien desea iniciarse en el sacramento (misterios) de la fe, dé su nombre). 2.º "Si quis ad vitam aeternam desiderat, det nomen" (Si alguien tiene deseo de la vida eterna, dé su nombre). 3.º "Si quis vult ad Pascha baptizari, det nomen" (Si alguien quiere bautizarse por la Pascua, dé su nombre). Y yendo todos en procesión al coro o presbiterio se les hacía la exuflación y un exorcismo, siendo persignados en la frente, diciendo el presbítero: "Signo te in nomine Patris, et Filii, et Spiritus sancti, regnantis in saecula saeculorum".

Después, durante todas las semanas de Cuaresma, se distribuía la doctrina a explicar a los competentes, variando esta distribución según las iglesias.

La peregrina española Egeria nos describe con su encan-

tadora sencillez cómo se hacía esta catequesis en Jerusalén hacia fines del siglo IV. Primeramente se explicaba la Sagrada Escritura, comenzando por el Génesis, carnalmente, es decir en sentido literal; después espiritualmente. Era el mismo obispo el que hacía la explicación. La lección se tenía todos los días durante unas tres horas, entre Prima y Tercia. Estas noticias concuerdan con las de San Cirilo en la serie de sus Catequesis compuestas precisamente para este fin. Comprenden estos sermones catequísticos un tratado completo de religión. Las cinco primeras semanas se dedicaban a la preparación general y a la explicación de la Escritura. En las dos últimas se explicaba generalmente el símbolo. Antes de empezar esta parte se hacía en varias iglesias la *traditio symboli* o entrega del Credo y también del *Pater* u oración dominical, que los competentes debían aprender de memoria para recitarlos el día del bautismo.

Por otra parte los competentes estaban sujetos durante todo este tiempo de Cuaresma a una serie de prescripciones ceremoniales, variables, según las iglesias: ayunos y vigiliias, exorcismos y penitencias, escrutinios o exámenes de su conducta, todas para purgarlos de los pecados y prepararlos dignamente a la recepción de la blanca vestidura bautismal el día de Pascua.

Hay que observar que en ninguna de las catequesis cuaresmales se hablaba de los sacramentos, es decir de los misterios inefables de la religión, que se les abrían la semana después de Pascua, cuando ya los neobautizados formaban parte de la comunidad de los fieles.

La institución del catecumenado en cuanto a la catequesis decayó rápidamente a partir del siglo VII principalmente, cuando la gran mayoría de bautizados empezó a ser de niños pequeños, que no eran aún capaces de recibirla.

Por el contrario en los siglos anteriores IV y V se introdujo con demasía la abusiva costumbre de que los catecúmenos demoraran indefinidamente hasta la mayor edad y aún hasta sentirse en peligro de muerte la recepción del bautismo. La Iglesia hubo de preocuparse de atajar este mal. Sin duda uno de los medios más suaves y atrayentes de propaganda en favor de la recepción del bautismo tan pronto se estuviera preparado fué la reproducción gráfica de la conducta del eunuco de la reina Candaces, de que hemos hablado al principio. Tenemos una magnífica serie de representaciones en relieve de la preciosa escena de la catequesis del diácono Filipo sentado en la carroza al lado de su catequizando.

Dr. José Vives, Pbro.

Miembro del C. S. I. C.

No habrá mas ya daño ni destrucción en todo mi monte santo, porque
estará llena la tierra del conocimiento de Yavé, como llenan las aguas
el mar.

Isaías XI, 9

LAS PINTURAS EN LAS CATAACUMBAS, CATEQUESIS INTUITIVA EN LA IGLESIA NACIENTE

La Iglesia no sólo es madre sino también *maestra* de la verdad. Concedora de la naturaleza del hombre, compuesto de alma y cuerpo, de espíritu y materia, en su misión pedagógica se ha servido siempre de lo concreto sensible para llevar a sus hijos al conocimiento de lo abstracto invisible.

Las pinturas de las Catacumbas son prueba evidente contra los iconoclastas, del interés que tuvo la Iglesia desde su nacimiento en servirse de las formas estéticas como medio de expresión de la idea religiosa.

NOTICIAS PREVIAS

Se quedan en la corteza los que aprecian el arte paleocristiano sólo desde el punto de vista estético. Los artistas primitivos no hacían el arte por el arte, como gran parte de los de hoy. El mérito principal de las pinceladas a veces toscas que trazaban en los muros de las Catacumbas, consiste en ser gráfico testimonio de una fe profundamente sentida y sinceramente expresada, sin grandes pretensiones artísticas. Las formas decadentes del arte helenístico de la época, fueron puestas al servicio de un ideal más elevado que el simple estetismo greco-romano, idólatra de lo humano y de sus vicios.

Es, pues, totalmente equivocado el criterio *artístico-decorativo* de racionalistas y protestantes que se esfuerzan en dar una explicación natural y positiva al arte paleocristiano, despreciando el factor más importante: su *contenido religioso*.

El criterio de interpretación iconográfica más conforme a la verdad es el que pudiera llamarse *idealista, racional*, opuesto al racionalismo moderno y mitigador del idealismo dogmático de los arqueólogos cristianos: P. Garrucci, Mons. Wilpert.

Ni todos ni la mayoría de los dogmas y misterios cristianos están representados en las Catacumbas, pero sí los fundamentales. La razón es obvia: las Catacumbas no son salas de exposición, sino lugar de sepultura. Allí se iba primariamente para enterrar a los cristianos. Sólo en circunstancias especiales—fiesta de los mártires, conmemoración de difuntos—algunos recintos subterráneos sirvieron *ocasionalmente* para reuniones litúrgicas, celebrándose la Eucaristía. Por lo tanto, como en nuestros cementerios, no vayamos a buscar en los primitivos, representaciones que próxima o remotamente no tengan relación con la muerte.

Además, para explicar el carácter eminentemente *simbólico-funerario*—más que histórico narrativo—que presentan las pinturas, conviene no olvidar que estamos en plena persecución y en la primera fase de conquista del cristianismo. El deseo de evitar cualquier peligro de profanación y resabio de paganismo con figuraciones demasiado reales, el ambiente de reserva—disciplina del arcano—con que se rodeaba los sagrados misterios en vista a los neófitos, y a la misma dificultad intrínseca de las ideas abstractas, puramente dogmáticas, aconsejaron a los artistas a expresarse mediante símbolos y alegorías.

Siguiendo la pauta de los doce artículos del CREDO APOSTOLICO, sin llenarlos más de lo que permiten las mismas figuraciones—eco de la *Ecclesia discens*—, confirmada su interpretación por el texto evangélico y por los escritos contemporáneos de los Santos Padres—representantes de la *Ecclesia docens*—, queremos sistematizar las pinturas de las Catacumbas romanas de los cuatro primeros siglos para ver

cómo ilustran substancialmente—sin entrar en precisiones teológicas que no eran del caso—los fundamentos de nuestra Fe (1).

Arqueológicamente, como venerables testimonios de la tradición cristiana, estas pinturas primitivas, aunque artísticamente inferiores, son de mucha mayor importancia que las manifestaciones posteriores de la época de la paz: esculturas de los sarcófagos y mosaicos basilicales.

I.—*Creo en Dios Padre, Todopoderoso, Criador del cielo y de la tierra*

Dios Padre es simbolizado por una mano, *dextera Dei*, que aparece entre nubes: ordenando a Moisés que se desate el calzado, protegiendo a los tres jóvenes en el horno de Babilonia, y, más adelante, coronando a los mártires.

El momento de la creación del hombre se representa desde el siglo IV en los sarcófagos; es célebre el llamado “teológico” del museo de Letrán, en el que intervienen tres personas, iguales y distintas, que recuerdan el “Hagamos al hombre”, del Génesis.

Los pintores representaron a los primeros padres aludiendo, más que a la creación, a la redención relacionándolos con el pecado original. Adán y Eva están de pie simétricamente dispuestos a uno y otro lado del árbol del paraíso que tiene enroscada la serpiente. Avergonzándose de su pecado cubren su desnudez. Como variante se ve a Eva cogiendo el fruto prohibido y ofreciéndolo a Adán.

II.—*Y en Jesucristo, su único Hijo, nuestro Señor*

Tres profecías mesiánicas que hablan de la divinidad de Jesucristo se representan en tres frescos singulares.

1) *Vaticinio de Isaías* (siglo II, cementerio de Priscila). La Virgen, sentada como matrona romana, tiene a Jesús en su regazo; delante de ella un personaje sagrado—viste túnica y palio, y tiene el *volumen* en la mano izquierda—señala con el índice derecho a una estrella, visible sobre la cabeza de María. Los arqueólogos ven a Isaías profetizando que “una Virgen concebirá y dará a luz a un hijo cuyo nombre será Emmanuel” (Is. 7, 14). El mismo Profeta en otros pasajes exalta la luz (estrella) que se levantará sobre Jerusalén al nacer el Salvador, y que guiará a los pueblos y a los reyes (Is. 60, 1-6). La importancia capital de este fresco está en ser la primera representación del binomio central de la historia del arte sagrado: Jesús-María.

2) *Profecía de Balahan* (cementerio de San Pedro y Marcelino). La escena es simplicísima como su misma profecía: “De Jacob nacerá una estrella”; el profeta sagrado señala a la estrella. Nótese que la estrella entre los pueblos orientales precristianos—asirios, babilonios, árabes—era tenida ya como signo de divinidad; muchas veces la palabra *aster* se usa como sinónimo de *divino*.

3) *Profecía de Miqueas* (cementerio de Domitila). Sabemos que los Magos, perdida la estrella, preguntaron a Hero-

(1) Para la verificación de las pinturas citadas remitimos al lector a la gran obra definitiva en su ilustración: *Le pitture delle catacombe romane*. Roma 1903 (traducida del alemán) de Mons J. Wilpert.

des: "¿Dónde está el que ha nacido, Rey de los Judíos?", y que los sacerdotes y escribas informaron: "En Belén de Judá, porque así lo vaticinó el profeta", aludiendo a Miqueas (5, 2). Este aparece en el fresco señalando con la derecha a una pequeña ciudad, representada por dos edificios en forma de torre, delante de la cual estaba—hoy apenas se percibe—María con el Niño.

III.—*Que fué concebido por obra y gracia del Espíritu Santo: nació de Santa María Virgen*

Las profecías del Mesías se completan con las escenas de la Anunciación, que a su vez ilustran el gran misterio de la encarnación del Verbo. La primera pintura data de fines del siglo II.

El nacimiento de Jesús contaba con un solo ejemplar, el de las Catacumbas de San Sebastián, desaparecido por un imprudente lavabo. Los diseños antiguos nos muestran a Jesús recostado en el pesebre detrás del cual asoman la cabeza el buey y el asno.

A suplir la falta de la adoración de los pastores en las pinturas, vienen las abundantísimas escenas de la adoración de los Magos. Tal abundancia se explica muy bien porque los Magos hablaban a los romanos de la vocación de los gentiles al cristianismo, y porque les predicaba la realeza y divinidad de Cristo que al principio no sabían reconocer en el pesebre. Así podían argüir también contra las acusaciones de los gentiles que el Dios de los cristianos es de los pobres... y de los ricos, de los ignorantes... y de los sabios.

El ejemplar más antiguo data de principios del siglo II y se halla en la "Capilla griega" del cementerio de Priscila—la *Sixtina* de las Catacumbas—. Responde al tipo tradicional: los tres Magos, vestidos a la oriental, se dirigen apresuradamente a ofrecer a Jesús, que tiene por trono a María, sus tres dones, que luego la escultura precisará en una corona (oro), unos granos puestos en un plato (incienso) y en un frasquito de aroma (mirra).

La Madre de Dios. Lo hemos insinuado ya. Si el arte paleocristiano es cristológico por cuanto todo va ordenado a relevar la persona de Cristo Hijo de Dios, las representaciones marianas son también cristológicas. Siempre están en función de la maternidad divina de la Virgen; nunca María aparece sola sino siempre con Jesús como *Madre* de Dios y como *Abogada* de los hombres. Así se presenta en el artístico fresco de un arcosolio del *coemeterium Maius* (Catacumbas de Santa Inés). La Virgen con velo sobre su cabeza nos dice que es la Madre de Dios por el lugar preferente que ocupa, su rico vestuario, el collar de piedras y, sobre todo, por el

monograma de Cristo $\left(\begin{array}{c} \text{P} \\ \text{X} \end{array} \right)$ a ambos lados que indica que el niño que tiene ante sí es Jesu-Cristo. Que es la Señora abogada nuestra lo dice su posición de orante; los brazos extendidos en ademán de súplica.

Los milagros de Cristo prueba de su divinidad. Pueden citarse aquí como relacionados con los artículos anteriores. Cuando los judíos preguntaron a Jesús si Él era Cristo, les remite a sus obras: "Las obras que yo hago en nombre de mi Padre, están dando testimonio de mí" (Io. 10-23). Ante la embajada del Bautista, Cristo después de obrar varios prodigios les dice: "Id y contad a Juan lo que habéis oído y visto: los ciegos, ven; los cojos, andan; los leprosos quedan limpios; los sordos, oyen; los muertos, resucitan; los pobres son evangelizados". (Mt. 11-5). Lo cual demuestra que Cristo hacía los milagros para dar testimonio de su divinidad; lo cual explica que estos hechos portentosos de su vida pública fueran tan representados en las Catacumbas.

1) *Los ciegos, ven.* Cristo, luz del Mundo, con figura noble y ademán distinguido, impone la mano derecha sobre la cabeza y los ojos del que pide la curación. Con la izquierda

sostiene la *virga virtutis* o bastón taumaturgo, atributo de su poder.

2) *Los cojos, andan.* El paralítico con el lecho a cuestas marcha tranquilo y alegre, después de haber sido curado en premio de su fe.

3) *Los leprosos quedan limpios.* Este milagro se distingue del precedente, según Wilpert, porque Cristo tiene la mano derecha levantada como para pronunciar las palabras del Evangelio *volo, mundare* (lo quiero, sé limpio).

Y no sólo los leprosos sino también los obsesos se ven limpios del espíritu del mal. Así se aprecia en la escena con un personaje desnudo arrodillado ante Cristo que le impone la mano.

4) *Los sordos, oyen.* Pintura difícil de individualizar, aunque pudiera ser representada en alguna de las precedentes, como la del poseso sordomudo.

5) *Los muertos, resucitan.* En las pinturas se recuerda la resurrección de la hija de Jairo y la de Lázaro. De la primera nos queda un solo ejemplar mutilado: un lecho y junto a él la parte inferior de una persona que, por confrontación con relieves conocidos, permite interpretarse como a Cristo que cogería a la muerta por la mano, levantándola.

Lázaro resucitado; he ahí una escena predilecta para los artistas, y se comprende. Es el milagro más sorprendente obrado por Cristo, después de su propia resurrección. Además, la escena tenía su marco más apropiado en un cementerio subterráneo y servía también para evocar a los cristianos la profesión de fe de Marta, solicitada por Cristo antes de obrar el milagro: "¡Oh, Señor, si que lo creo, y que Tú eres el Cristo el Hijo de Dios vivo" (Io. 11-25).

Este carácter más simbólico que histórico, manifiesta la escena reducida a los elementos indispensables: Cristo toca con su varita a la momia de Lázaro, puesta en pie dentro de un monumento funerario, especie de templete romano.

6) *Los pobres son evangelizados.* Cristo Maestro fué representado alegóricamente por Orfeo, personaje mitológico—sacerdote e intérprete de los dioses—que amansaba las fieras al son de su lira y por la dulzura de su voz (Horacio, *Épístola ad Pisones*). Se quería significar al divino Pedagogo que evangeliza al mundo pagano con la dulzura de su doctrina. Reprobada por los Santos Padres por los resabios de paganismo, sólo cuenta esta alegoría con cinco ejemplares pictóricos.

En el cementerio del Pretextado se halla representado por vez primera (siglo II), el diálogo de Cristo con la Samaritana. A un lado del brocal del pozo el Maestro está de pie con gesto oratorio; al otro lado, también en pie, está la Samaritana con una vasija en la mano. La actitud de maravilla de la mujer, inclinada hacia atrás, y el majestuoso gesto de Cristo hablando evocan el punto central de la conversación en que Cristo se revela abiertamente como a Mesías. "Soy yo el que habla contigo." Las palabras del final de la narración de San Juan justificarían también su representación: "Con lo que fueron muchos más los que creyeron por haber oído sus discursos" (IV, 26, 41). En algunos ejemplares se ve a Cristo discursando con un rollo abierto en las manos.

Con el triunfo de la verdad del cristianismo, nace en el siglo IV la solemne representación de Cristo como Doctor sentado en cátedra explicando la nueva ley a los doce Apóstoles.

Aparte de las escenas citadas, se pintaron otras que ilustran la divinidad de Cristo de palabra y de obra: la parábola de las vírgenes prudentes, la curación de la mujer encorvada... de la hemorroisa que está tocando el lembo de la túnica de Jesús que vuelve la cabeza como para decirle: "Hija, tu fe te ha salvado". También la humanidad de Cristo, como verdadero personaje histórico—no imaginario—que "pasó haciendo bien", nos demuestran estas figuraciones evangélicas.

IV.—*Padeció debajo del poder de Poncio Pilato, fué crucificado, muerto y sepultado.*

El *teterrimum supplicium* de Cicerón, “escándalo para los judíos y locura para los paganos” (I Cor. I, 23), todavía en vigor entre los romanos, fué indicado por los artistas mediante símbolos y figuras típicas.

Como excepción, en el cementerio de Pretextato, hay una pintura que es interpretada como la coronación de espinas; no obstante, la escena es más simbólica que real. Lo mismo que en los relieves sobre la pasión, de los sarcófagos primitivos, no hay aquí nada que indique tragedia y humillación. Los cristianos primitivos, aún en medio de la persecución vivían de un Cristo glorioso. Hasta el siglo V —puerta de Santa Sabina, en Roma— no aparecerá la imagen del Crucificado.

La ausencia de las imágenes de Cristo en Cruz demuestra claramente que el argumento *ex silentio* invocado por protestantes y racionalistas —que dicen que el no ser representadas muchas verdades en el arte paleocristiano es prueba que no eran creídas entonces—, está desprovisto totalmente de fundamento. Los monumentos valen solamente *por lo que dicen*, no por lo que no dicen, mientras no hubiera necesidad de decir. Y los primeros cristianos no tenían necesidad de expresar externamente la pasión y muerte de Cristo cuando nos consta que la vivían ya plenamente en su interior y la confesaban heroicamente en su martirio.

El sacrificio de Isaac, más de veinte veces representado, se considera como figura típica del Sacrificio del Calvario. Tertuliano dice contra los judíos que Isaac con la leña recuerda a Cristo que lleva la cruz.

El pez es el símbolo más antiguo de Cristo Redentor. Si los griegos cuatro siglos antes de Cristo lo usaron ya como símbolo de salvación, con cuánta mayor razón podían usarlo los cristianos para recordar a “Jesucristo hijo de Dios Salvador”, según la aclaración de San Agustín (*De civitate Dei*) al explicar el acróstico que forman las cinco letras de la palabra pez en griego $\tau\chi\theta\upsilon\varsigma$. Idea redentora que se hace más evidente cuando acompaña al pez el ancla simbólica, no ya en un significativo común de *spes in Christo* (mi esperanza está en Cristo), sino con el tipo especial de ancla con el travesaño en el centro, en lo que se manifiesta la intención de ocultar el signo de la Redención. Como pintura singular recordemos el delfín arrollado al tridente —Catacumba de San Calixto—, figura de Cristo, pez celestial, abrazado a la cruz.

V.—*Descendió a los infiernos, al tercer día resucitó de entre los muertos.*

Jesús al hablar de su futura muerte y resurrección, usó de la historia de Jonás como símbolo; el Hijo del Hombre estaría tres días enterrado en el sepulcro para salir luego triunfante, como Jonás salió ileso del vientre de la ballena después de permanecer tres días en él. El ciclo de Jonás con sus tres episodios: el Profeta arrojado de la nave y engullido por el monstruo marino, vomitado a la playa y descansando tranquilamente bajo la hiedra, decora con frecuencia los techos y muros de las Catacumbas.

VI.—*Subió a los cielos, está sentado a la diestra de Dios Padre Todopoderoso.*

Junto con la Resurrección, en la escena de la Anástasis, esta escena se encuentra representada sólo en la escultura primitiva.

VII.—*Desde allí ha de venir a juzgar a los vivos y a los muertos.*

Las pinturas de juicio se refieren casi todas al juicio particular, donde se ve al juez divino —reconocible por el nim-

bo— que tiene un rollo en la mano y está sentado en el tribunal, al que es presentado un orante (difunto) asistido por otros personajes (abogados) con hábitos sagrados.

La única representación conocida de juicio universal es solemnísima; ocupa toda la bóveda de la cámara sepulcral única de la Catacumba *della Nunziatella*. Como nota Wilpert parece que el autor del *Dies irae* hubiese conocido el fresco. En efecto, pueden recordarse algunas frases; *iudex ergo cum sedebit*: en el medallón central Cristo, de edad madura, está sentado en trono; *liber scriptus proferetur in quo totus continetur*: con la mano levantada, manifiesta un rollo abierto en el que se ven —cosa rara— algunos trazos imitando letras; *quem patronum rogaturus*: cuatro difuntos —dos hombres y dos mujeres— en actitud de orante ocupan la zona concéntrica alternando con cuatro santos; *inter oves locum presta*: cada orante está franqueado por dos ovejas circundadas de elementos floreales, símbolo de los escogidos en el paraíso.

VIII.—*Creo en el Espíritu Santo.*

La tercera Persona divina invocada en los epitafios tiene su típica manifestación en las escenas del bautismo de Cristo, cuyo primer ejemplar remonta a principios del siglo II (Cripta de Lucina, en San Calixto). El Bautista vestido austera y vierte el agua sobre la cabeza de Cristo puesto desnudo dentro del Jordán, mientras el Espíritu Santo aletea sobre Él dando testimonio público y oficial —junto con la voz del Padre— de su realeza mesiánica.

IX.—*La Santa Iglesia Católica, la Comunión de los Santos.*

Algunos orantes femeninos pueden interpretarse como personificación de la *Ecclesia orans*.

La nave es el símbolo más propio de la Iglesia, que tiene a Cristo por piloto y a Pedro por representante. Su significación se funda en la narración evangélica de la nave de los Apóstoles y de la tempestad calmada, y se confirma en las *Constitutiones Apostolicæ* (II, 57).

Aparte de los epitafios en que aparece el pez (Cristo) llevando una navicilla en el dorso, recordamos el significado más claro que nos revela una pintura de San Calixto —Cámara de los Sacramentos— del siglo II: una nave provista de velas navega en un mar tempestuoso; en ella, unos personajes de pie, con los brazos abiertos piden socorro, mientras una figura medio escondida entre las nubes apoya su mano sobre la cabeza de uno de ellos. Todo parece indicar la protección de Dios sobre los fieles que navegan confiando en la mística nave de la Iglesia.

Hemos mencionado ya al Colegio Apostólico presidido por Cristo Mastro, nos falta sólo subrayar el testimonio que el arte de las Catacumbas nos da sobre el Primado de San Pedro. De una manera elocuente el príncipe de los apóstoles se destaca, no sólo por sus características individuales constantes que presenta estando junto con los demás, sino por su presencia en escenas especiales en las que se halla sólo ya interpretando el papel de Jesucristo —en la primera pintura (cementerio de San Pedro y Marcelino) aparece con su típica barba y cabello cortos, sentado en cátedra y explicando la ley—, o substituyéndole en su oficio de Buen Pastor —alusión al *pasce oves meas, pasce agnos meos*— o también imitando a Moisés en el milagro de la fuente milagrosa que golpea con la vara, símbolo de su autoridad; en este caso alusión al bautismo del centurión Cornelio.

El dogma de la Comunión de los Santos, la unión inefable que existe entre los Santos del cielo, los justos del purgatorio y los fieles de la tierra, participando todos como una gran familia de comunes bienes espirituales, se respira continuamente en las Catacumbas.

1) *Intercesión de los Santos del cielo por los fieles difuntos.* En el notable fresco del arcosolio de Veneranda —Cata-

cumba de Domitila— se ve a esta difunta que es introducida en el paraíso —donde resplandecen sus obras: libro abierto rodeado de estrellas—, por mediación de Santa Petronila.

2) *Intercesión de la Iglesia triunfante por la militante.* Tanto los Santos mártires —que canonizaba la Iglesia primitiva con las iniciales MR—, como los difuntos creídos gloriosos representados en el jardín del paraíso, se les ve repetidamente en actitud de *orantes* suplicando por los vivientes, como respuesta a las inscripciones catacumbales *Petre, Paule, Agape, Faustina*, etc. *orate pro tuos.*

3) *Oración de los vivos por los difuntos.* En la antiquísima plegaria litúrgica de la *Commendatio animae*, se suplica: “Libra, Señor, el alma de tu siervo difunto... así como libras- te a Noé del diluvio... a JOB de sus pasiones... a ISAAC del sacrificio... a DANIEL del lago de los leones... a los TRES JÓVENES del fuego del horno... a SUSANA de la calumnia... a DAVID de Goliat... a PEDRO y PABLO de sus prisiones”. Estas escenas son las más representadas en la pintura funeraria.

Se trata de un conjunto iconográfico inspirado más que en el simple hecho histórico, en una idea escatológica cristiana; esto es, en los principales acontecimientos bíblicos del Antiguo Testamento que manifiestan la liberación milagrosa de graves peligros de muerte debida a la providencia de Dios. Hechos muy a propósito para ser recordados por los vivos en favor de los fieles difuntos para verse libres de sus penas.

X.—*El perdón de los pecados.*

Las escenas de la curación del paralítico, obrada en confirmación del poder de perdonar los pecados (Mt. 9, 2), y la del ciego de nacimiento, en cuya narración se alude al perdón de los pecados (Io., 9, 2) pueden citarse también aquí.

Especialmente el Buen Pastor, según testimonio del mismo Cristo, es una bella imagen simbólica de la penitencia. Con este símbolo se explica la primera literatura penitencial; en el “*Pastor*” de Hermas (siglo II) se manifiesta el ángel de la penitencia vestido de pastor.

En la primera pintura que se conoce (principios siglo III, San Calixto) se ve admirablemente unido el significado eucarístico-penitencial de Cristo *Pastor Bonus*: el Buen Pastor devuelve la *ovis perditá* al redil y sostiene con la mano derecha un tarro de leche con que alimenta a las ovejas que le son fieles, que flanquean su imagen junto a los árboles del paraíso. Sin querer nos viene a la mente la magnífica estrofa del *Lauda Sion* del *Corpus*, del Doctor Angélico:

Bone Pastor, panis vere
Iesu, Nostri, miserere:
Tu nos pasce, nos tuere
Tu nos bona fac videre
in terra viventium (2).

XI.—*La resurrección de la carne.*

Hemos citado la historia de Jonás, figura típica de la resurrección de Cristo y de la nuestra, y las resurrecciones de la hija de Jairo y de Lázaro, símbolos de la resurrección futura.

Como símbolos especiales se presentan: el *ave fenix*, que según la antigua leyenda —consignada por San Clemente y Lactancio—, una vez quemada revive de sus cenizas; el *pavo real*, cuya carne, entonces creída incorruptible y el renovarse anual de sus plumas rejuveneciéndose recuerda la inmortalidad del alma y la resurrección de la carne; y el ciclo de

(2) Buen Pastor Jesús clemente
Tu manjar de gracia fuente
Nos proteja y apaciente
Y en la religión viviente
Haznos ver tu gloria, oh Dios.

las *cuatro estaciones del año*. Este ciclo ocupa a menudo los ángulos de los techos cuadrados de las cámaras sepulcrales, siendo caracterizado por los frutos propios de cada estación: las flores para la Primavera, las espigas para el Verano, la uva para el Otoño y el laurel u olivo para el Invierno. Su continuo alternarse explica la interpretación cristiana simbólico-funeraria comentada por los Santos Padres. *Totus igitur hic orde revolubilis rerum, testatis est resurrectionis mortuorum*, dice Tertuliano.

XII.—*La vida perdurable.*

Si los enterramientos de las Catacumbas hablan de la muerte temporal, las pinturas hablan continuamente de la vida eterna. La palma —símbolo de victoria—, el jardín celestial, el alma beata en forma de orante o simbolizada por la paloma o el cordero, el *refrigerium animae* o festín celeste en el que participan alegremente los beatos, etc... todo nos certifica la fe de los primeros cristianos en una vida eternamente feliz...

APENDICE: Bautismo y Eucaristía

Un comentario, aunque sumario, sobre las pinturas de los sacramentos requiere de suyo una larga extensión. Apuntamos simplemente las ideas expresadas sobre los dos grandes sacramentos.

El Bautismo en su significación real se representa refiriéndose al de Jesu-Cristo —caracterizado por el bautizante y sobre todo por la paloma del Espíritu Santo—, y al de un simple catecúmeno, caracterizado especialmente por la túnica y palio del que lo administra. Como representaciones histórico-simbólicas se hallan las pinturas de Noé en el Arca, símbolo usado por San Pedro (I, 3, 20-21) y el milagro de Moisés haciendo brotar agua de la fuente, interpretado por San Pablo con el mismo fin (I Cor. 10, 1-2). La Samaritana en el pozo, los ciervos bebiendo en el manantial de aguas (psal. 41), y las palomas junto a un vaso o cáliz aluden en general a la vida de la Gracia.

El pescador sacando el pez —del mismo Jordán donde Cristo es bautizado, en el primer ejemplar (siglo II) del cementerio de San Calixto—, puede considerarse como símbolo bautismal y alusión a la promesa de Cristo: “seréis pescadores de hombres”.

Referente a la Eucaristía, el sacramento más representado en las Catacumbas, damos simplemente el cuadro sinóptico de las escenas que lo recuerdan.

A.—*La Eucaristía como Sacramento.*

1) Motivos puramente *simbólicos*: la vid, el cáliz, el cubo de leche y, sobre todo, el pan y el pez. Célebres son los dos peces simétricamente afrontados, en San Calixto, con el cesto de panes y el vaso con líquido rojizo (vino) visible en el interior, expresión clara de las especies sacramentales.

2) Escenas *histórico-simbólicas*: a) la conversión del agua en vino; b) la multiplicación de los panes; c) la comida de los siete discípulos junto al lago de Tiberiades.

B.—*La Eucaristía como Sacrificio.*

1) Representaciones *simbólicas* de los dos puntos culminantes del Sacrificio: la consagración y la comunión. Los dos frescos eucarísticos de la *Cámara de los Sacramentos* (San Calixto): a) personaje sagrado imponiendo la mano a los panes puestos sobre una mesita (consagración); b) banquete de los siete comensales con la presencia de los cestos de panes del milagro de la multiplicación (comunión).

2) Representaciones *reales* del ágape eucarístico. La pintura más importante de las Catacumbas: *La fractio panis* del

cementerio de Santa Prixila (siglo III). No se trata de un simple convite funerario, ni del refrigerio celeste sino del ágape eucarístico celebrado por los primeros cristianos.

No es de extrañar la multiplicidad de figuraciones bautismales y eucarísticas en las Catacumbas. Se trata de los dos centros vitales que polarizaban la fe de la Iglesia naciente: el Bautismo que da el principio de vida espiritual y la Eucaristía que asegura su crecimiento (véase CRISTIANDAD, número 30, pág. 278). Las sentencias de Cristo "el que creyere y se bautizare se salvará" y "El que comiere de este pan vivirá eternamente", son de suyo suficientes para justificarlas en un cementerio cristiano.

CONCLUSION

Llegados al final de nuestro *excursus* nos place relevar como conclusión lógica la identidad de fe existente entre la Iglesia primitiva y la actual. Lo mismo que creían, esperaban y amaban los cristianos de ayer, creemos, esperamos y ama-

mos los de hoy. No existen, por lo tanto, dos cristiandades distintas.

Cristo Buen Pastor era el centro principal de la iconografía funeraria primitiva de carácter eminentemente simbólico. El era el vértice de la preciosa pirámide que desde un lugar preferente —centro de las bóvedas, tímpano de los arcosolios— sintetizaba la fe y la esperanza eterna especificada en las demás figuraciones sagradas. En las escenas del Antiguo Testamento se habla de la *preparación* de la doctrina de Cristo, en las del Nuevo, de su *realización* y *confirmación* por los milagros. Las representaciones del primado de Pedro y de los Sacramentos, de la *continuación* de la doctrina de Cristo a través de la Iglesia. Por último, las escenas de la vida futura hablan de la *coronación* de la doctrina divina.

Para los herejes o cismáticos que conserven clara la mente y desapasionado el corazón, las pinturas de las Catacumbas en su rudo lenguaje son una invitación amorosa para que pongan la mano en el costado de Cristo y exclamen, ante la evidencia de los hechos, como el Apóstol Tomás: "Dominus meus et Deus meus".

Francisco Camprubí, Pbra.

Profesor de Arqueología Sagrada
en el Seminario Conciliar de Barcelona

A PROPÓSITO DEL CONGRESO CATEQUÍSTICO

Estampa catequística de un apóstol español

Figura excelsa de la Iglesia y de España fué y será siempre la de aquel insigne y venerable varón de cuerpo débil y alma grande, nacido en Almodóvar del Campo (Ciudad Real) en la fiesta de la Epifanía del 1500. En uno de tantos portentos divinos con que Dios bendijo la unión de nuestro hogar patrio con la Iglesia Católica en aquel siglo de oro, que lo es también de santos, y muy esclarecidos. Quizás por esto mismo más de uno atribuirá esta nada pretenciosa estampa a fervores de hogaño, fervores de esta época que mira con tanto cariño el pasado glorioso. Que no le falta su parte a los tiempos actuales lo tengo por indudable. Lo cierto es que esta figura se agiganta cada día más, sigue abriéndose paso en el ambiente eclesiástico, y penetra ya en las bibliotecas de cultos seculares. Sólo falta que su espíritu se adueñe de todas las clases sociales, y nuestro resurgir será auténtico, porque lo será en Cristo. Que no es exageración, ni un tópico del tiempo, lo atestiguan los trabajos doctorales de las universidades eclesiásticas, los legajos amarillentos de los archivos que los eruditos van desempolvando y los múltiples resortes que se tocan para acrecentar el conocimiento de sus obras y su recia personalidad. Realmente, todo este movimiento no es otra cosa que una dolorosa acusación de la apatía que hemos demostrado los españoles para este hijo de Almodóvar, "el Apóstol, —como le llama el P. Ricardo G. Villoslada, S. J.—, el director de almas contemplativas, el precursor de instituciones gigantescas, el sacerdote español que vive y predica, como San Pablo, el consejero de santos y de Prelados ilustres, el Padre de nuestra ascética y de nuestra mística, el que tan grandiosas reformas alentó dentro de la Iglesia española y de la universal" (1).

En su tiempo fué conocido en España por *el Apóstol de Andalucía*, y en la Ciudad Eterna por *el Apóstol de España*. Hoy se le llama *Apóstol de la Eucaristía*, *el San Pablo de España* y "acaso —escribe el docto historiador mencionado— no haya en toda la Historia de la Iglesia un personaje que en su psicología y en su método de vida y en los rasgos de su espiritualidad reproduzca con más exactitud los perfiles y el carácter del Apóstol de la Gentes (2). Quien conozca las *Epístolas Paulinas*, y lea atentamente las de nuestro Beato, podrá comprobar los muchos puntos de contacto, observando además cómo aquellas profundidades teológicas de San Pablo toman formas y figuras que nos recuerdan a aquel "*Lac vobis potum dedi, non escam* leche os di a beber, no vianda. (I Cor., III, 2).

Tarea larga y difícil sería explicarnos las causas de este injusto olvido en que lo hemos tenido sus compatriotas durante tantos lustros. Una vez más la Historia nos muestra en repetida lección la ingratitud que pregonamos para con lo nuestro, incluyendo lo que lleva el sello divino, cuando llamamos a las puertas de enfrente y pedimos de lo que rebosan nuestros graneros. ¡Qué admirable ejemplo nos da San Francisco de Sales y San Alfonso María de Liguori, cuando citan, cabalmente en sus libros áureos, estos pasajes enteros de nuestro beato en *Práctica de Amor a Jesucristo* y aquel su clásico y universalmente renombrado *Tratado del Amor de Dios*, aunque no tan extensamente. No en vano nuestra lengua ha merecido por ello ser llamada lengua de ángeles, según feliz expresión de Menéndez y Pelayo. Por si esto no bastara para poner en el debido pedestal a nuestra egregia figura, sería suficiente haber merecido el honor de ser bio-

(1) «Hechos y Dichos».—Octubre, 1945, págs. 532-3.

(2) «Hechos y Dichos».—Octubre, 1945, págs. 532-3.

grafiado por su ferviente admirador contemporáneo Fray Luis de Granada, o bien la máxima autoridad de nuestra Doctora Mística, cuando le envía el libro de su Vida y dice: "Yo deseo hartamente se dé orden como lo vea (el Maestro), pues con ese intento comencé a escribir; *porque como a él le parezca voy por buen camino, quedaré muy consolada; que ya no me queda más para hacer lo que es en mí*". (3)

* * *

Creemos de mucha oportunidad, ante lo muy variado de su apostolado, circunscribirnos en atención al Congreso Catequístico a su pensar sobre varios aspectos catequísticos, y escoger aquellos puntos que guardan relación con algunas de las ponencias anunciadas. Y sea lo primero sobre los

Textos de Catecismo

De todos es conocido el impulso decisivo del nunca ponderado Concilio de Trento: "Trento es el punto de partida de una floración catequística exuberante. Catecismos a granel de todas las formas y tamaños y en todas las lenguas y países; decretos en Concilios particulares y Sínodos, urgendo la instrucción del pueblo; pléyade de catequistas de primera magnitud: Borromeo y Belarmino, Canisio y Soto, Francisco de Sales y Felipe Neri" (4). Bien podemos colocar a nuestro popular vulgarizador de Teología, cuyo criterio en materias catequísticas influyó sin duda en los obispos españoles. En confirmación véase lo que escribe en el Memorial segundo para Trento, entregado a su amigo íntimo el Arzobispo de Granada, don Pedro Guerrero, jefe de los prelados españoles, en la imposibilidad de poderle acompañar por su delicada salud: "Conuerná que el Sancto Concilio encomiende a alguna persona, que haga un libro de catechismo en que aya los artículos de la fee y los mandamientos de Dios y todo lo demás que ay en esotro que comúnmente se usa, añadiéndole algunas cosas para mayor declaración y para alguna persuasión, por modo de diálogo, o como mejor pareciere; en el qual lean los niños, y sobre el qual el catechista pueda hablar más largamente, declarándolo, y *será bien que sea un mismo catechismo para toda la cristiandad*". (5).

Gloria es, pues, de nuestro Beato, aunque el Concilio no hizo este catecismo, el haber expresado solemnemente hace cuatro siglos lo que hoy es deseo general de la cristiandad.

Pero no se contenta él con este catecismo menor universal, quiere otro de *mayor* para adultos "gente de buenos entendimientos, así caballeros como ciudadanos, cuyas materias serían las mismas pero más probadas y entendidas". "...Es cosa muy conueniente que, después de auerse proueido el *libro pequeño de catechismo para niños* se prouea *otro grande* para gente que ay en el pueblo christiano de buenos entendimientos y que no saben latín... Pues se haze para gente más entendida, conuerná que éste sea mayor que aquel que para instrucción de rudos se hizo; porque de otra manera, leerlo en apriesa en tres o quatro días, y después dexarlo an y dirán que an leído un bonico librillo". Y en este mismo apartado indica las materias y el modo de exponerlas. (6).

Finalmente "OTRO LIBRO como éste conuiene se aga en *latin*, para los que lo saben; y parece que avn a de ser más extendido que el de la lengua vulgar; y deuiase mandar que lo tuuiesen todos los curas y los predicadores y con efecto leyesen en él" (7). Anota muy bien el P. Camilo Abad: "No se contenta el Maestro con una catequesis teórica y rutinaria; quiere que se eduque al pueblo, y sobre todo a la juventud con la práctica de la religión. Con razón dice H. Jedín

que es admirable y de carácter muy moderno, en el mejor sentido de la palabra, la claridad con que nuestro Apóstol aprecia la importancia de la educación religiosa especialmente de la juventud" (7a).

Para no insistir demasiado remitimos al culto lector a esta parte por cierto muy interesante de este segundo Memorial.

No deja de serlo menos el cariño y cuidado paternal con que trata a los niños un hombre que se rozaba con la alta aristocracia y de actividad tan constante en el gobierno de las almas, amén de su predicación continua por los pueblos andaluces. No sólo para ellos hace "una declaración de los mandamientos que cantan los niños de la doctrina" y otras coplas à Jesús Sacramentado para la fiesta del Corpus, sino que recomienda a las autoridades eclesiásticas y civiles el buen recaudo que han de tener en su educación.

El Catecismo en las escuelas

Escribe en su magistral carta a un Señor de este Reino, que era *asistente de Sevilla*: "El mal recaudo que hay en las escuelas de niños, y lo que importa haberlo bueno, por ser aquella edad el fundamento de toda la vida, notorio es a vuestra señoría. Téngase mucho cuidado de buscar maestros de buenas costumbres, aunque sea a costa de dineros de la ciudad, y procúrese alguna persona religiosa que haga pláticas a los dichos maestros, juntándolos en uno, declarándoles lo que importa a la ciudad, hacer bien el oficio, pues de aquellos chicos que él enseña ha de salir el cuerpo de la ciudad, y el galardón o el castigo, que según lo hiciere, recibirá de Nuestro Señor... Téngase también cuidado que en las dichas escuelas se diga la doctrina cristiana, y que una o dos veces a la semana fuese algún Padre a hacer alguna plática conforme a la capacidad de los oyentes; y se ordenase que el niño que oyese jurar a otro, u ofrecer al demonio, o palabra deshonestas, o cosa semejante, avise de ello al maestro para que lo castigue" (8). Y a un Prelado de Granada, según parece el mencionado Pedro Guerrero, entre otras muchas reflexiones que le hace, después de indicarle la oportunidad de la Cuaresma para traerle a la memoria "lo que toca a la buena institución de la edad pueril, que tan perdida está: Allende—escribe—de esto conviene que vaya cada día un sacerdote, que tenga don para ello, a las escuelas; y dicha la doctrina, *les* declare algo de ella como se hizo en la misa; y los amoneste a la confesión y les enseñe cómo la han de hacer pensada y verdadera. Y los maestros de ellos tendrán cuidado de castigarlos si juran y mienten y de otras cosas semejantes" (9).

Misas catequísticas y Catequesis dominicales

"Una cosa he deseado; no sé si por ser esa ciudad tan grande se podría hacer, mas no se pierde nada en decirlo. Muchos mancebicos de diez y más años, se quedan ordinariamente sin oír misa los domingos y fiestas, y se están jugando o haciendo otros peores recaudos; y como tengan edad para ser obligados al precepto de la Iglesia que manda oír misa, es cosa de lástima verse cometer tantos pecados mortales y públicamente; y de allí quedan con indevoción de oír misa cuando grandes, y dispuestos para hacer otros muchos pecados. Decir a sus padres que los lleven a misa es por demás; y ya que lo quieran hacer, hay malo aparejo en las iglesias, porque están llenas de gente de más edad y seriales molesta la inquietud que tienen los muchachos cuando están juntos. Sería cosa conveniente que se deputase para esta genticilla iglesias u hospitales donde no fuese otra gente, donde los domingos y fiestas los llevasen los maestros de las escuelas

(3) Obras Espirituales del B. Juan de Avila-Ed. Apostolado de la Prensa-1941 T. I, pág. 935, nota.

(4) Félix Puzo, S. J.-Orientación Catequística-Año V-N.º 3, pág. 107.

(5), (6) y (7) Miscelánea Comillas-III-Dos Memoriales inéditos del B. Juan de Avila para el Concilio de Trento.-Ed. preparada por el P. Camilo M.ª Abad, S. J. págs. 109-114-115.

(7a) O. C. del B. J. de A., págs. 109-114-115.

(8) O. C. del B. J. de A.—T. I. Carta 11, pág. 485 6.

(9) O. C. del B. J. de A.—Tomo I. Carta 180, págs. 980 ags.

a oír misa de algún sacerdote diputado para ello, el cual les hiciese la plática de buenas costumbres, con algún buen ejemplo y cómo se ha de oír misa y lo que han de rezar. Y para esto era menester que anduviesen alguaciles por las calles cogiendo los muchachos para llevarlos al lugar de la misa, y encomendar a los padres de los niños que aprenden a la escuela, que los enviasen a la dicha escuela para cumplir el mandamiento de Dios, pues los envían el día de entre semana para que sepan leer y escribir (10). Unos (padres) se excusan con han menester sus niños los domingos; pues como los envían entre semana, los podían enviar la fiesta, siendo ahora cierta y que menos falta les hagan. Se podía hacer que vayan a su escuela, y el maestro los lleve a oír misa, e idos a misa, dígaseles devotamente, y antes o después digan ellos la doctrina, y decláreseles algún mandamiento o artículo con algún ejemplo que es lo que más les mueve... Y si parece que está cumplido con los niños de la doctrina, para los otros conviene que se publique cuán mal orden de república es, que mientras en misa los domingos y fiestas, estén jugando muchos de ellos por las calles, y que muchos de ellos por la edad tienen obligación para oír misa, y convenía que se encargase algún hombre devoto que anduviese por las calles a los llevar a la iglesia a donde los otros niños oyen misa; los alguaciles por su parte, y para estós era menester comunicarlo con el Corregidor..." Y después de declarar que "en lo que más va es que se nombren confesores para unos y otros niños, muy escogidos con celo de ánimas y con prudencia", termina: "...Cuando han de confesarse [los niños], si pareciere que las fiestas en las tardes, se lleven los niños de las escuelas al campo, y cuando vengan digan la doctrina, y les prediquen un poco, será muy bien, aunque sea a costa de darles alguna frutilla (11).

Especial educación requiere para niños pobres, huérfanos y perdidos, como catequesis aparte para las niñas, atendiendo particularmente a las huérfanas y desamparadas. Buenos párrafos dedica en este mismo Memorial a la catequesis de la

gente del vulgo, y en especial de los jóvenes campesinos, entre los cuales podríamos comprender a los obreros, señalando como remedio la creación de

Escuelas nocturnas

"Otro medio ay para el remedio desta gente tan necesitada, y visto ya por experiencia ser muy prouechoso, el qual es encargarse algún buen sacerdote de enseñar la doctrina a esta gente en alguna yglesia o casa capaz, en anocheciendo. Y, como an ya cumplido con los trauajos del día, vienen desocupados y con buena gracia algunos, a aprender a leer y escriuir; y, con aquel ceuo reciben bien la doctrina; y otros, por el buen gusto que allan en ella, a resultado tanto prouecho en algunas partes que se a hecho que por esto se puede conieturar, que, a hazerse en muchas, sería el mayor remedio que para esta gente se puede poner. Porque, como es el exercicio de cada día y no espectáculo de mucha gente, puédeses preguntar y ellos responder lo que conuiene y van muy en particular ynstruidos, y con eficacia mouidos; y luego conciertan sus confesiones y las frecuentan, con lo que quedan del todo ganados" (12).

De lo expuesto se puede colegir que nuestro Beato, al cual podemos apellidar *el Maestro*, como lo hicieron sus coetáneos, vivió intensamente los problemas catequísticos, y vislumbró muchas de las soluciones que los tiempos futuros han puesto en práctica.

Creo que con lo dicho basta y sobra para que sea también tuyo, amable lector, el deseo de que Dios quiera que pronto en la basílica de San Pedro se proclame su nombre, de que el Romano Pontífice declare *Patrón del Clero* universal y sea condecorado con el título de *Doctor de la Iglesia*, el egregio Apóstol BEATO JUAN DE AVILA —cuyo nombre hasta ahora he callado por temor de que no me leyeras— y que a cambio de estos nuestros votos interceda ante el Altísimo por el feliz éxito del Congreso Catequístico y la restauración cristiana de España.

Martirián Brunsó, Pbro.

(10) O. C. del B. J. de A.-T. I, Carta 11, págs. 485-6.

(11) O. C. del B. J. de A.-T. I, Carta 180, págs. 980 sgs.

(12) M. Comillas-Citada-pág. 112.

Quálá se pudiera conseguir la paz con sólo gritar ¡Paz, paz!. Pero no es así; lo que aquel gigante de la inteligencia, el maestro de la psicología humana que fué San Agustín, dijo del individuo, puede igualmente aplicarse a la nación: «Nos has hecho, Señor, para ti, y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en ti.» El único absolutamente dispuesto y deseoso de conceder al mundo la paz y la concordia es Dios; pero los hombres han de tener la suficiente humildad para aceptarla de sus manos, acercándose a El por los caminos de la verdad, de la justicia y de la caridad.

(S. S. Pío XII a una comisión de senadores norteamericanos, 23-1-1946).

San Ignacio, catequista

Cuando el caballero de Loyola hubo velado las armas de la pobreza y humildad de Jesucristo, ante la imagen veneranda de Ntra. Sra. de Montserrat, en la noche precedente a la Encarnación del Verbo (25 de marzo de 1522) y en amaneciendo se dirigía a Manresa, para tomar puerto en Barcelona y poner en práctica su primer propósito: *la ida a Jerusalén con tantas abstinencias y tantas penitencias, cuantas un ánimo generoso y encendido de Dios suele desear hacer*; detúvose la divina Providencia, por espacio de diez meses, en la susodicha ciudad, hasta que cesó la peste que cundía en los contornos de Barcelona: para que practicando dichas penitencias horribles y extremadas abstinencias en la Cueva llamada Santa por haberla Ignacio consagrado con sus largas horas de extática contemplación y con la aspereza de la vida penitente más asombrosa.

Mas he aquí que, cuando más fervoroso castigaba sus carnes con sangrientas disciplinas y más se escondía de la vista y del trato de los hombres, manifestóle Dios su voluntad, convidándole a salir de su encerramiento y pedir limosna por las calles de Manresa, con objeto de repartir la limosna entre los pobres del hospital de Santa Lucía, no sin instruirlos a ellos y a los niños de las calles en los Rudimentos de la Doctrina Cristiana. Todavía se conservaron hasta la hecatombe soviética los poyos del portal en que sentado el Santo enseñaba a los niños y gente toda las oraciones y los misterios de la Religión cristiana. En la pared adjunta había, escrita la inscripción:

Sirviendo en este hospital
Ignacio, a gloria divina,
Enseñaba la doctrina
En las piedras de este umbral.

“Un día a la mañana —dice su autobiografía— cuando fué levantado, se le representó delante carne para comer, como que la viese con los ojos corporales, sin haber precedido ningún deseo de ella; y le vino también juntamente un grande asenso de la voluntad para que de allí adelante la comiese; y aunque se acordaba de su propósito de antes, no podía dudar de ello, sino determinarse que debía comer carne. Y contándolo después a su confesor, el confesor le decía que mirase por ventura si era aquello tentación: mas él examinándolo bien, nunca pudo dudar dello” (27).

No le llamaba Dios para contemplativo, sino para la vida mixta de contemplación y acción divinamente combinadas: y como para los trabajos de la evangelización es menester el cuidado, competente para que se conserven la salud y fuerzas corporales para el divino servicio; le fué preciso, al catequizar a los ignorantes, al visitar y servir a los enfermos y al practicar otros ministerios penosos remitir algún tanto de la aspereza de vida que llevaba, más propia de un anacoreta y penitente religioso que de un apóstol de Cristo, y según el consejo del divino Maestro: *Comedite quae apponuntur vobis*.

Desde este momento histórico la enseñanza de la Doctrina Cristiana, o sea la catequesis oral y directa de la Doctrina Cristiana es la primera y principal característica del apostolado ignaciano, que obliga desde el novicio de la Compañía de Jesús hasta al General de la misma, v. g. a un San Fran-

cisco de Borja, que todos los viernes iba a catequizar a la servidumbre del Embajador de España, cuando estaba en Roma, don Luis de Requesens y su familia. En los procesos de canonización de Manresa y Barcelona es frecuente la declaración del pueblo testificando esta práctica tanto en el Santo, como en los hijos de la Compañía de Jesús: En el de Barcelona (fol. 149, vº) testifica Aurora Pascual: *A ella testimoni li deya son pare que así en Barcelona, en Roma, en París y en altres pars ahont anà lo Parc Ignaci, sempre se exercia en aquestes sanctes obres* y *TAMBÉ ENSENYANT A TOTS LOS LOCHS AHONT HA VISCUT ALS MINYONS Y ALTRES IGNORANTS LA DOCTRINA CRISTIANA, exhortantlos a ells y altres a tota virtud*.

El Ilustre don Dimas de Boxadors, sacerdote ejemplarísimo de distinguida y rica familia de Barcelona, que mereció de San Pío V una bula y jubileo, radicado en la antigua iglesia de las Jerónimas, por haber enviado una nave, fletada a sus expensas, a la batalla de Lepanto, testifica en los Procesos de Barcelona, diciendo: “que son grandes los beneficios reportados por el P. Ignacio y sus hijos a la Iglesia de Jesucristo por los ministerios de la Compañía principalmente: *propter diligentem instructionem doctrinae xpistianaee, prout institueret pater Ignatius*” (fol. 77, vº) y el Dr. don Pablo Pla, canónigo de la Sede Barcelonesa añade: “El testigo contempla todos los días cuán provechosos son los hijos de la Compañía de Jesús ora predicando el Evangelio, ora exhortando a la frecuencia de sacramentos, ora, finalmente, enseñando así la sagrada teología públicamente en las cátedras, como la doctrina cristiana a los niños y a la gente ruda” (fol. 91, vº). Todo lo cual viene especialmente confirmado por una carta del Beato Pedro Fabro, primer compañero de San Ignacio en la fundación de la Compañía, el cual de paso por Barcelona para Trento, a donde se dirigía como teólogo pontificio, y como asesor del Cardenal Morone, quedó agradablemente impresionado de la sed de doctrina cristiana que tenían los barceloneses sin distinción de edad, ni de estamento social: En su carta a San Ignacio, le dice: “*Las tres vías de hacer fruto en este pueblo son, enseñar a los bajos la doctrina cristiana; a los cabezas... enseñándoles por vía de los ejercicios; y al pueblo que está entre dos partes, predicando cada fiesta y domingos; y confesando y conversando*” (Epist. B. Fabri, pág. 138).

A poco de haber salido de Barcelona el Beato Pedro Fabro entraba en España el P. Antonio de Araor, llevando una instrucción de San Ignacio en que se le advertía que mandase a Barcelona, predicadores de mucha doctrina, y a Valencia de mucho afecto y celo apostólico. ¿De dónde le venía al Santo, tal conocimiento de la avidez catequística de los misterios y preceptos de la Doctrina Cristiana que sentía el pueblo de Barcelona, sino de la experiencia propia; desde que vino a dicha ciudad para emprender su tan deseada peregrinación a Jerusalén? Apenas de Manresa hubo San Ignacio llegado a Barcelona a principio del año 1523, como dice el P. Gabriel Alvarez: “*Después que nuestro B. P. Ignacio hubo pasado por las experiencias que quedan referidas, ejercicios, servir en hospitales y en oficios humildes y enseñar la doctrina cristiana; quiso cumplir con su propósito antiguo de hacer una peregrinación muy larga a Jerusalén*”. (Hist. Man. de la Pro. de Aragón, S. I.). “*Su firme propósito era quedarse en Jerusalén —dice su autobiografía— ...Mas ahora; después que el dicho peregrino entendió que era voluntad de*

Dios que no estuviese en Jerusalén; siempre vino pensando QUID AGENDUM, y al fin se inclinaba más a estudiar algún tiempo para poder ayudar a las ánimas y se determinaba ir a Barcelona" (Autb. n. 50). En efecto: llegado que hubo a Barcelona y alojado en casa de Inés Pascual y su hijo Juan Pascual en la calle de Cotoners, metióse entre la turba de chiquillos de la escuela del Maestro Jerónimo Ardévol, a quien no pocos han confundido, con el sacerdote Jerónimo Ardevol: *fill de Mestre Hieroni Ardevol, mestre en arts y de la Senora Margarida mulier sua* (Archivo Episcopal de Barcelona), el cual se ordenó de la primera tonsura clerical, por autoridad de Fr. Juan Jubí Epis. Constantín, (auxiliar de Juan Cardona, obispo no consagrado de Barcelona, por falta de edad canónica). La autorización está firmada a 13 de diciembre de 1549, cuando hacía diez años que la Compañía había sido aprobada verbalmente por el Papa Paulo III.

Apenas San Ignacio comenzó a estudiar los principios de la gramática latina, sentó cátedra de catecismo en uno de los escalones del altar adjunto a la puerta lateral "dels Sombriers" de la iglesia parroquial de Santa María del Mar, donde se colocó después una lápida que todavía se conserva. Dice así: "Sentado en esta grada — Pedía limosna — San Ignacio de Loyola — Fundador de la Compañía de Jesús. En MDXXIV y MDXXV: (1888). Desde entonces San Ignacio donde quiera que estuviese practicó con constancia, con celo y con suma paciencia este ministerio de la enseñanza del Catecismo a los niños y gente ruda, como la explicación del Evangelio llana y sencillamente al pueblo los domingos y días de fiesta de guardar: y lo impuso con voto especial a los sacerdotes todos de la Compañía de Jesús, porque tenía por principio y fundamento imprescindibles de la fe de los pueblos y del fiel cumplimiento de la moral católica el conocimiento y aprecio de la Doctrina Cristiana. Porque, a la verdad, de los buenos y celosos catequistas salen tanto en los Seminarios como en las Religiones, los apóstoles y predicadores evangélicos, que esparcidos por los pueblos siembran la semilla de la fe y de la caridad cristiana en los corazones de los hombres.

No olvidemos el testimonio de la familia Pascual, en cuya casa moró San Ignacio todo el tiempo que dedicó en Barcelona al estudio de la gramática latina: "que tanto en Barcelona, como en Roma, en París y en cuantas partes moró el P. Ignacio: enseñó a los niños y gente ruda los rudimentos de la Doctrina Cristiana, exhortando a todos a proseguir en la práctica de las virtudes cristianas." Y debió pensar el Santo que tal ministerio era del agrado de las familias más distinguidas de Barcelona, sus principales favorecedores, cuando en llegando a Roma escribía a doña Isabel Rosés, a 19 de diciembre de 1538: "Esta (carta) escribiendo, el Papa ha mandado proveer por vía del Gobernador, para que se dé orden a la ciudad, como juntándose las Escuelas de los muchachos, los instruyamos en la doctrina cristiana, como antes lo comenzaron a hacer. Plega a Dios N. S., pues, que la cosa es suya, nos quiera dar fuerzas para su mayor servicio y alabanza." (Font. Narr. t. I, pág. 14). ¿Y quiénes eran los Catequistas con San Ignacio? Nada menos que el Bto. Pedro Fabro, San Francisco Javier, y el futuro teólogo pontificio, P. Diego Lainez, en el Concilio de Trento. Es más: rogaban al Santo los Consellers y las principales familias de Barcelona que proveyese a la ciudad de buenos predicadores, provistos no tanto de elocuencia arrebataadora cuanto de doctrina y santidad de vida: y dispuso el Santo para tal efecto que se arrancase de la Corte de Portugal al P. Francisco Estrada y que tomara

el cargo susodicho: mas estimando el dicho Padre que no tenía el caudal suficiente de Teología, para satisfacer al pueblo cristiano de Barcelona, el P. Ignacio sacó de la Universidad de Gandía al P. Santacruz, profesor de Teología, para que enseñase un curso de las facultades teológicas, dogmática, canónica y moral al P. Estrada, para que éste todas las tardes instruyera en el local de la Lonja a los Consellers y demás concurrentes en los principios de la fe católica y de la moral cristiana.

Interminables nos haríamos si hubiésemos de desarrollar este tema a nuestro sabor: porque cuanto hizo el Santo por fomentar en Barcelona la enseñanza de la doctrina y la moral cristianas a todas las clases de la sociedad, los 16 años que sobrevivió a su llegada a Roma, lo mismo que para alcanzar la reforma de todos los conventos sujetos a la mitra barcelonesa, es indecible; no pasando semana ninguna, hasta su muerte que él soltara de la mano, de una manera o de otra, estos dos puntos capitales, que consideraba de suma importancia para el bien espiritual de la ciudad condal. Si quiso que la casa y colegio de Nuestra Señora de Belén fuese levantado en la Rambla de los Estudios, fué para que los Padres de la Compañía de Jesús tuviesen a mano los numerosos alumnos de dichos estudios, recién levantados por Carlos I sobre la actual Rambla de Canaletas, para instruirlos en la Doctrina Cristiana: como, en efecto, el primer Rector, P. Bernardo Casellas, lo practicó largo tiempo instruyendo a todos los estudiantes mayores, de dos a tres de la tarde, en la Doctrina y en las prácticas religiosas y terminada la instrucción los acompañaba con orden a las clases de dichos Estudios Generales. Y de tanta eficacia fué el ministerio catequístico del P. Casellas, que sabedores de ello los Consellers de Gerona, quisieron imitar dicho ejemplo, no parando hasta conseguir que el mismo P. Casellas lo implantara en su propia ciudad, imitando exactamente el ejemplo de Barcelona.

Del Colegio de Nuestra Señora de Belén de Barcelona cundió el ejemplo a cuantos colegios brotaron en toda Cataluña de aquél, como del tronco principal, plantado en buena hora por consejo y autoridad de San Ignacio: tales como los de Manresa, Tarragona, Gerona, Urgel, Perpiñán, Lérida, Vich y Tortosa. Todos tuvieron igual comienzo, la preparación del precepto pascual con las pláticas cuaresmales, el progreso, el establecimiento de una residencia transeúnte, para morada de los misioneros cuaresmales y del adviento; y por fin, el paso de residencia transeúnte a Colegio, en que a la par se educase la juventud primera y se catequizase el pueblo en los principios de la fe y en el cumplimiento de los preceptos divinos y eclesiásticos. Un ejemplo, sencillo, pero elocuente, del espíritu catequístico propio de los hijos de San Ignacio, nos lo ofrecen los procesos de Canonización practicados en Manresa el año 1595. Cuando por primera vez fueron algunos Padres de la Compañía de Jesús a Manresa, preguntábase las mujeres entre sí diciendo: ¿quiénes son éstos?, mas al notar cómo los niños reunidos en torno de los Padres eran catequizados por éstos, no dudaron que habían de ser hijos de San Ignacio. "Vivit ipse testis, post discessum dicti patris Ignatii a dictae civitate Minorise pervenisse ad eam, quemdam patrem dictae Societatis Iesu, nominatum Plá cum suo socio docentem pueros doctrinam xpam, quem cum personae dictae civitatis vidissent et ignorassent cujus religionis esset, audivit ipse testis a dictis parentibus suis dixine... ipsum esse frustum illius Patris Ignatii, qui superioribus anni vitam sanctam magna cum paenitentia in hac civitate... (fol. 187).

Juan Creixell, S. J.

La Catequesis en el Oriente

Sería un anacronismo imaginarse en los primeros siglos del Cristianismo un método catequístico con sus grupos de niños que aprenden de coro el catecismo, como en los tiempos modernos. Lo frecuente era que el bautismo se administrara en edad adulta, como nos consta de San Basilio y San Efrén, aun tratándose de hijos de familias cristianas. Era natural que fuera entonces, como preparación en la admisión en la Iglesia, cuando se diera a los catecúmenos la debida instrucción. De una *organización* de catequesis para los niños no conozco testimonios en los cuatro primeros siglos del Cristianismo. Lo normal es que los pequeños fueran adoctrinados por sus padres en los rudimentos de la fe y asistieran más tarde a algún curso de catecúmenos adultos.

En cambio, para los adultos que se convertían al cristianismo, existía un período de unos cuarenta días dedicado al catecumenato. En los casos normales era imprescindible pasar por esa catequesis como garantía moral de que el futuro neófito sabría bien tanto los artículos de la fe como sus deberes morales. Si exceptuamos los casos "clínicos" o de enfermos, sólo a los catecúmenos ya iniciados se les admitía al bautismo.

Sabido es que el sacramento de la regeneración se solía administrar sobre todo en la mañana del Día de Pascua por creerla la festividad más adecuada para simbolizar la nueva vida divina que ese día recibían los neófitos. Eso llevaba naturalmente a tomar como tiempo de catecumenato la cuarentena precedente a la Pascua, cuaresma que ya desde el siglo IV se consagró al ayuno y penitencia como preparación a la Pascua.

En las grandes ciudades la instrucción religiosa la impartía a los catecúmenos el mismo obispo. Tenemos de esto pruebas insignes. De San Ireneo, obispo de Lyon, en el siglo II, se han encontrado recientemente en traducción armenia, unas instrucciones acerca del dogma cristiano que por su orden y método tienen todas las trazas de ser un curso catequístico para personas de una cierta cultura. Son, además, ejemplares las homilias catequéticas de San Cirilo, obispo de Jerusalén, quien las pronunció ante los futuros cristianos a mediados del siglo IV en la monumental basílica constantiniana del Santo Sepulcro. Hace muy poco se han hallado en versión siria una serie de sermones catequísticos pronunciados a principios del siglo V por el obispo de Mopsuestia, una diócesis sufragánea de Antioquía, llamado Teodoro. Ese ejercitar el obispo en persona la función de catequista, como luego será él el administrador del bautismo, nos está hablando con elocuencia de la trascendencia y delicadeza de este oficio pastoral. Es la realización más directa y sublime de aquel mandato divino dado por Jesucristo a sus Apóstoles: "¡Id y enseñad!".

Los documentos que hemos mencionado nos permiten hacernos cargo del método pedagógico seguido por aquellos eximios catequistas. En esto, el gran dechado de ejemplaridad siempre viva, es San Cirilo de Jerusalén. Afortunadamente sus homilias están tomadas en taquigrafía, lo que nos refleja más al vivo todas las incidencias y matices de su oratoria catequística. Esta se atiene a un plan muy aceptable. Se comienza por los rudimentos y por consideraciones generales fáciles de captar, como que responden a las exigencias de la ley natural. Las primeras cinco homilias tratan del pecado, de la penitencia y de la fe, algo así como un esbozo de vía purgativa. Luego comenzaban a revelarse los arcanos de la fe cristiana. Esto de los "arcanos" no es una expresión retó-

rica. Estaba en vigor la "*lex arcani*" que prohibía descubrir los dogmas cristianos a quienes no estuvieran bautizados y quisieran entrar en la Iglesia; medida justa para los tiempos en que el sarcasmo de los gentiles hacía chacota de los misterios cristianos. No había que echar las perlas preciosas a los animales inmundos. Tan arraigada estaba esta ley, que es interesante observar cómo el historiador de Constantinopla, Sozómeno, escribiendo pocos años antes de la mitad del siglo V en el imperio romano convertido ya tiempo hacía al cristianismo y en un ambiente casi completamente católico se excusa de transcribir el Credo por miedo de violar la ley del arcano.

El Credo o símbolo de la fe con los artículos de los principales misterios, era un arcano. Ahora desde la homilía sexta hasta la décimooctava, San Cirilo va explicando artículo por artículo la doctrina del Credo. ¿Qué decía ese símbolo de la fe? El que comenta el obispo de Jerusalén se parece mucho al que orientales y occidentales cantamos hoy en la liturgia y que es el que defendieron los Padres del I Concilio de Constantinopla en el año 381. Pero no siempre se había explicado el mismo Credo. Es natural que a medida que se perfeccionaba el conocimiento de los dogmas y a impulsos de las necesidades polémicas contra las herejías contemporáneas, el Credo se fuera desarrollando y ampliando. Viene a ser como un sedimento del magisterio eclesiástico. Más que cristalización son los Credos conglomerados compuestos por diversos elementos de distinta cronología, algo así como esas iglesias en las que cada época ha puesto algún elemento arquitectónico.

Los doctos se inclinan a creer, fundados en las fuentes antiguas, que el Credo primitivo se limitaba a hacer profesión de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo. Pero ya en el siglo II encontramos Credos que añaden la obra de la Redención, diciendo escuetamente que el Hijo nació del Espíritu Santo y de la Virgen María, fué crucificado, muerto; resucitó al tercer día, subió a los cielos y de allí vendrá glorioso a juzgar a los vivos y a los muertos. En época posterior se desentrañaron algunos de esos artículos con diversas explicaciones y añadiduras, como esas mismas que contiene nuestro Credo de la Misa y que se definieron contra la herejía arriana: "*genitum, non factum, consubstantialem Patri*".

En el arcano quedaban aún los más augustos secretos que ni siquiera a los catecúmenos era lícito saber hasta que no recibían el bautismo. Eran los grandes sacramentos que recibían los neófitos en el día de Pascua: el bautismo, la confirmación y la Santa Eucaristía. Por esto estas cinco homilias finales en las que San Cirilo de Jerusalén explica estos santos sacramentos llevan el título de "mistagógicas", es decir, sermones al iniciado en los misterios, en contraposición a los demás sermones que se dirigían a los "iluminandos" o "bautizandos". La semana de Pascua que para los nuevos cristianos era un período de recogimiento pasado como en retiro con sus vestiduras blancas, ofrecía la oportunidad de completar la catequesis con la instrucción acerca de los sacramentos. De suerte que el orden de materias en la catequesis oriental partía de la doctrina moral y luego pasaba a la explicación del dogma para terminar con la catequesis sobre los sacramentos y la liturgia de la Misa. No es de extrañar que en aquel ciclo se echara de menos toda esa instrucción acerca de la gracia santificante que luego formó parte aún de la

doctrina elemental. Y es que todavía no había surgido la controversia pelagiana que dió ocasión al gran genio de San Agustín de esclarecer la necesidad y eficacia de la gracia.

No hay que buscar en el Oriente esos cursos catequísticos previos para la Primera Comunión por la sencilla razón de que la Primera Comunión la hace el cristiano al ser bautizado aunque sea niño recién nacido. El sacerdote, además de administrar al neófito las aguas de la regeneración le confirma con el óleo y le da a gustar, si es niño, unas gotas del vino consagrado.

Huelga decir que tratándose de escuelas cristianas, y más si son católicas, no se omite la suficiente instrucción religiosa entre los orientales. Por eso mismo pesa como una maldición esa prohibición soviética de no dar enseñanza alguna religiosa hasta la edad de 18 años.

Pero tanto para los adultos como para los niños, sirve de catequesis continuada la homilía que el sacerdote pronuncia en las liturgias festivas. La predicación entre los orienta-

les no tiene en general el tono muchas veces solemne de nuestros púlpitos. Nada de sermones vulgarmente llamados "de campanillas". Desde el umbral de la "Puerta Regia", el sacerdote, terminada la liturgia, se dirige a sus fieles para improvisar una homilía que a veces toma como tema el Evangelio pero que muchas veces se atiende a todo lo que se puede pedir a una explicación catequística. Por otra parte los orientales en general aprenden más de ese catecismo precioso que es la sagrada Liturgia, ya que entienden bastante bien la lengua, casi siempre antigua, de los ritos a que pertenecen. Así, por ejemplo, no necesitan de traductor para aferrar el sentido de los largos trozos de la Sagrada Escritura que se recitan a diario en funciones litúrgicas. Eso no quita, sin embargo, que en igualdad de circunstancias haya hoy en occidente más facilidades de instrucción religiosa, sobre todo de grado superior, que no entre los cristianos orientales. Pero ninguno podrá arrancar al oriente la gloria de habernos dado los mejores maestros de la catequesis.

I. Ortiz de Urbina, S. I.

FRAGUA DE APÓSTOLES

CONGREGACIÓN MARIANA Y CATEQUESIS

ANHELOS DE APÓSTOL

El congregante mariano vive plenamente la vida, cara a la eternidad, consciente de sus destinos. En su pecho fuerte y varonil bulle la pasión y el amor a los grandes ideales. No sabe de ñoñerías, pero ostenta valientemente la medalla y cinta azul y el emblema. Su devoción a María Inmaculada es maciza, de sólida cantera cristiana. Por eso, porque no vive otra ascética que la auténtica de Cristo, se aparta a sus tiempos del mundanal ruido y sigue los reflexivos pasos dictados por San Ignacio para hallar la escondida margarita de la ordenación de la vida. Constantemente está patente su alma al experto vigía que ha escogido para navegar seguro. La gracia divina exuberante cristaliza en obras. No sabe vivir únicamente para sí. Su vida es demasiado grande para no desbordarse, su amor se proyecta hacia fuera. El pobre, el enfermo, el ignorante, el indigente de cualquier cosa halla en él un hermano, dispuesto a todas horas a dispensar su apoyo desinteresado e incondicional.

EL CENTRO DE CATECISMO: Son muchos los campos en donde puede el congregante desarrollar su labor apostólica. Ninguno más adecuado para su formación como el catecismo. El continuo contacto con el niño pobre, miserable a veces, le hace ver la realidad de una vida que de otro modo no hubiera conocido y a ella amolda su manera de pensar y sentir. Esta misma convivencia le da a conocer el valor de aquellas almas inocentes encerradas en cuerpos sucios y semidesnudos, el tesoro inapreciable de sus corazones puros en duro contraste con el ropaje exterior que los cubre y que impide verlos con ojos puramente humanos. El congregante vuela en el catecismo no sólo su cultura religiosa sino sus ansias fervientes de proselitismo católico, sus sentimientos más nobles y elevados. Gasta en él todas sus energías y esfuerzos que sabe serán recibidos por el niño sin reservas, con la ingenuidad que le caracteriza, con la candidez que es el mayor de sus atractivos.

Y sabe también que a cambio de todo y fruto de la verda-

dera comunicación existente entre sus almas, recibirá mucho más de lo que dió. Captará algo de su infantil inocencia. Será partícipe de su regocijo y sabrá, por encima de todo, cuál es el valor de un alma, el mérito de su conquista para Dios. Y mirando la transparencia del alma del niño, verá como si fuera un espejo, la suya propia. Sólo entonces conocerá en verdad los espirituales frutos del apostolado, y únicamente así germinarán en su corazón nuevos anhelos de hacer bien al prójimo, que sazonzarán más tarde en una actividad constante y decidida, en una cristiana abnegación al servicio de una sociedad que reclama con gritos de desesperación, esta luz, esta verdad, que han de conducirla por el sendero de la paz y del amor al redil de Cristo.

INSTRUIR Y CATEQUIZAR. La labor del catequista no se reduce a la de un profesor de religión, como pudiera serlo un maestro o catedrático cualquiera en nuestras aulas del primer centro docente. El catequizar es algo muy distinto y superior que el instruir. No se trata de exponer fría y fríamente un conjunto de verdades, ni de ilustrar las inteligencias sin más. Han de caldearse los corazones por el fervor y el entusiasmo que produce el saberse dueño de la verdad. Nuestros dardos se dirigen sí a la inteligencia pero también al corazón. Y aquí viene la labor más específica del congregante. Hacer que palpiten al unísono, en una comunidad de sentimientos todos sus oyentes hacerles amar lo que conocen, hablarles con unción y enardecido de las bellezas insondables de la oración, del sacrificio, del dolor. De la hermosura del cielo, de la santidad de Jesús, de la pureza inmaculada de María, de la infinita bondad y misericordia divinas. Encender sus corazones puros en un fuego santo, haciéndoles contemplar los divinos atributos, el premio de la virtud y el castigo del pecado. Enseñarles que esta vida llena de penalidades —¡de tan duras penalidades para ellos!— es breve y se trocará en otra eternamente desdichada o feliz.

Para catequizar no basta saber. Es preciso amar y hacer que se ame.

PLURA UT UNUM

EXPONENTE DE LAS ACTIVIDADES CATEQUÍSTICAS. Ya en el terreno de las actividades concretas realizadas en el campo catequístico por la Congregación Mariana de la Inmaculada y San Luis Gonzaga, es preciso deslindar el primer aspecto fundamental expuesto a grandes rasgos de la catequización propiamente dicha llevada a cabo todos los domingos del año por un nutrido y selecto número de congregantes en seis centros y otro no menos importante constituido por los repartos extraordinarios en distintas festividades del año.

La caridad en nuestras barriadas pobres debe manifestarse y se manifiesta no sólo con la enseñanza de la doctrina de Cristo que es luz de las almas y camino de salvación, sino también en los donativos de que tan necesitados están y que tanto contribuyen a alegrar sus hogares y hacerles ver que la religión bien practicada es algo más que un conjunto de principios y preceptos. Quizá muchos que desprecian a la Iglesia y rehuyen sus enseñanzas, llevados de la ignorancia, error o cualquier aprensión tan propia de ciertos individuos y sectores sociales, llegan a compenetrarse con su espíritu e imbuirse de su verdad universal, atraídos precisamente por las manifestaciones patentes de su caridad que a todos une y favorece sin distinguir su origen y condición.

La Congregación lo entiende así. Siguiendo cronológicamente las actividades del curso escolar, empieza con la festividad de Todos los Santos repartiendo en considerable cantidad, los típicos y tradicionales "panellets" y castañas a todos y cada uno de los niños. Por Navidad, son los turrónes, el pan y las muchas cestas, lo que alegran a nuestros catequizados. Los Reyes Magos son extraordinariamente espléndidos y los obsequios valiosos y abundantes. Desde las blusas, mantas y alpargatas pasando por las bufandas y camisetas hasta los múltiples juguetes y objetos de escritorio, todo en fin, prendas de positiva utilidad. A los niños más asiduos, que son mayoría, se les viste casi por completo, amén del imprescindible juego y material escolar. A los demás les corresponde

útiles prendas de vestir, sin contar con la posibilidad de ser agraciados con uno de los varios sorteos de mantas o cestas repletas de comestibles. La festividad de la Pascua de Resurrección se celebra también con un reparto extraordinario de las típicas "monas" individuales a las que suelen acompañar, para los niños mejores, algunos lotes de patatas, arroz o comestibles varios.

Si a esto se añade los suculentos desayunos de las primeras comuniones, la principal y más hermosa de nuestras fiestas, los trajes completos con que estos días se les obsequia, las frecuentes excursiones, las sesiones dominicales de cine sonoro, el desayuno extraordinario del día de la Inmaculada y el funcionamiento ordinario de las tómbolas en las que a cambio de asistencias se les da prendas de vestir y de utilidad varia, podrá darse una idea aunque ligera de cuan grande es el esfuerzo que desarrolla la Congregación para regalar a los niños, además de la doctrina, que constituye el alimento de sus almas, el sustento del cuerpo y el vestido con lo que adquiere caracteres de "completa" la labor desarrollada abnegadamente por tantos catequistas.

POR LOS FRUTOS CONOCEREIS EL ARBOL. Aquí halla plena vigencia y actualidad la sentencia evangélica. Con ser muchos y valiosos los frutos conseguidos en bien de los niños, ninguno puede compararse al primero de ellos: la formación del congregante. Callen los razonamientos lógicos, aunque nos conduzcan a la misma verdad y hablen los números con su fuerza incontrastable y elocuente. De los centros catequísticos han salido excelentes apóstoles, inflamados en santos ardores de cristiana caridad que son fermento de la sociedad católica, padres de familia modelos, de piedad sólida, que saben imprimir en la familia de que son cabeza, el auténtico espíritu de Cristo y su ley evangélica.

Y lo que es más salen de nuestros centros multitud de fervorosas vocaciones que pueblan los noviciados y seminarios para seguir plenamente la voz de Cristo percibida a través de las almas infantiles.

Roberto Coll Vinent

UNA ESTADÍSTICA ELOCUENTE

Consignamos como pequeña muestra la estadística hecha en la Parroquia de uno de los barrios extremos de esta ciudad. En aquella feligresía el número total de niños y niñas menores de catorce años es de 1.410; de ellos, niños, 711; niñas, 699; de aquéllos asisten a la escuela parroquial 135, a la municipal 100, y 20 a otros centros de enseñanza; de las niñas, 70 a la escuela parroquial, 100 a la municipal y 50 a otros centros. Total de niños con escuela, 255; sin ella, 456. Niñas, 220 con escuela y 479 sin ella. Total, 935, entre niños y niñas, sin escuela. No asisten a los catecismos parroquiales 905.

Más o menos igual cómputo puede hacerse respecto a los demás suburbios de Barcelona.

Y en el centro de esta gran urbe, aunque no son tan numerosos los absentistas de las escuelas, es a todos manifiesto que los hay en no pequeño número.

(De la Carta pastoral «Catecismo, Catecismo, Catecismo» de Su Excia. Rvdma. el Obispo de Barcelona)

¿Filosofía escolástica o Filosofía tomista?

A Fr. José Pijoan, O. F. M.

A mediados del pasado octubre, desconocido y reverendo amigo, tuvo V. R. la amabilidad de invitarme al banquete de la disputa filosófica en la nota publicada en esta misma sección de CRISTIANDAD con el título "A propósito de una publicación".

La publicación en cuestión era el primer tomo de las obras de San Buenaventura, uno de los constantes aciertos de la ya benemérita *Biblioteca de Autores Cristianos*. V. R. tomó pie de ello para analizar el título que encabeza estas líneas y que había de haber sido el de una serie de artículos míos en CRISTIANDAD.

Sé y me consta que no ha tomado V. R. a descortesía mi tardanza en responder a su invitación; espero, con todo, que si es preciso aún presentar alguna excusa a su benevolencia lo será completa la que no lo fué en otra ocasión para el "pater familias" de la parábola evangélica: "uxorem duxi", y no me había sido posible tomar la pluma para un trabajo de esta clase.

Más, habiendo ya roto mi apartamiento con el artículo publicado en un número anterior sobre la personalidad filosófica de Enrique Ramière, no quiero dejar pasar más tiempo sin contestar a V. R. aprovechando esta oportunidad para mandarles mi saludo más cordial.

El título "*¿Filosofía escolástica o Filosofía tomista?*" no tenía, ciertamente, a identificar una y otra en sentido histórico: dice muy bien V. R. que esta identificación es de todo punto inaceptable. Tampoco quería insinuar que "para la Iglesia la única filosofía sea la tomista", como usted reverendo amigo, me atribuye, al contrario: si alguien formulare este interrogante dándole este sentido, yo me adheriré a la conclusión negativa de V. R.

El problema era el siguiente: Preocupados los Pontífices de nuestros días en sanar los males intelectuales de nuestra Sociedad, le proponen como remedio adecuado el retorno a nuestra tradición, en mala hora abandonada por espíritu de novedad, por el mal ejemplo de los autores heterodoxos, etc.

Ahora bien; al definir esta tradición utilizan unas veces la expresión de *filosofía escolástica* y otras la de *filosofía tomista*; mi intento era departir con los lectores de CRISTIANDAD sobre el alcance respectivo de estas locuciones en la intención de los Sumos Pontífices.

No creo, reverendo amigo, que, si no se procede por espíritu de disputa, sino por amor a la verdad, resulte "completamente inútil y hasta perjudicial resucitar cuestiones" como la que nos ocupa: hay problemas perennes, cuya consideración es perennemente fecunda.

Por esta fecundidad, precisamente, proponen los Papas su estudio a una sociedad que está corriendo el riesgo de la esterilidad intelectual: pues no acierta a librar ni a las ciencias morales, ni a las especulativas, incluso las llamadas "ciencias exactas", del escepticismo y que está sufriendo, como ninguna, el tormento del "vacío espiritual"; ojalá comprendiese que, al invitarla Ellos a retornar a las fuentes de la tradición humana y cristiana, no quieren reprimir, sino al contrario, satisfacer sus deseos más profundos:

"ad perennis vitae fontem mens sitivit arida..."

Ahora bien: para la mente que, según sigue diciendo el mismo poeta, "gliscit, ambit, eluctatur", ¿qué más ha de darle que sea uno u otro el ministro que llene su copa, mientras le sirva el agua de la verdad igualmente pura y abundante?

Ocurre con frecuencia que, cuando un autor ve impugnadas sus propias opiniones, adopta el recurso de culpar a su adversario de no haberle comprendido bien, de haberle leído demasiado aprisa, etc.; y como tal actitud suele tener visos de argucia, me contraría sobremanera recibir yo ahora una impresión parecida de la amable crítica de V. R.; tanto más cuanto que sentiría en el alma haber cedido real o aparentemente a unos prejuicios de escuela que no tengo por qué tener y de los que sería en absoluto inconsciente; más: que se opondrían "per diametrum" a la intención que me hizo coger la pluma.

No pretendo con esto combatir el legítimo orgullo que cada uno de nosotros puede sentir de modo especial por aquellos Santos que están ligados con él por vínculos de religión o tan solo de mayor simpatía natural o sobrenatural; Sixto V decía en cierta ocasión al General de los franciscanos:

"Así como los Padres Dominicos vindican para sí al Angélico Doctor Santo Tomás, así, Franciscanos, vindicáis para vosotros, con el mejor derecho, al Doctor Seráfico San Buenaventura", y los textos de esta clase, como es natural, son muy abundantes.

Mas no se trata de eso; NO SE TRATA DE CONTRAPONER ENTRE SÍ LA AUTORIDAD DE LOS DOCTORES DE LA IGLESIA, y si en algún momento hubiese dado yo la impresión de llevar un intento ciertamente digno de la impiedad de Abelardo, pido sinceramente perdón por tan mal ejemplo y me propongo repararlo. No; de ninguna manera interpretaría el espíritu de la Iglesia quien, al elogiar a uno de sus hijos, pretendiera indirectamente desprestigiar a los demás; "creando prejuicios que quitaran en la lectura de los Escolásticos la libertad de espíritu", haciendo estimar como menos bueno lo que la Iglesia ha calificado de óptimo.

Esto sentado, y reflexionando sinceramente sobre los documentos en que los Pontífices, ejerciendo su universal magisterio, tratan de la restauración de la filosofía en nuestra sociedad, no me parece desviada la interpretación que dí de los mismos; la cual, si hace falta precisarla de nuevo, puede resumirse en esta forma:

a) Los Papas proponen la filosofía de Santo Tomás, "que conviene que amen todos los hijos de la Iglesia que estudian las disciplinas superiores", *explícita y determinadamente*, como el remedio buscado para nuestras necesidades intelectuales: "exhortando a los Maestros a que tengan fijamente presente que *el apartarse del Doctor de Aquino, en especial en las cuestiones metafísicas, nunca dejará de ser de gran perjuicio*".

En esta recomendación de la obra del *Doctor Communis* el Pontificado compromete su autoridad hasta el punto de escribir Pío XI:

"HONRANDO A SANTO TOMÁS LO QUE ANTE TODO SE ENSALZA ES LA AUTORIDAD DE LA IGLESIA DOCENTE".

b) En la síntesis tomista pueden distinguirse:

1) Sentencias comunes a todo escritor católico: como

A GUISA DE TERTULIA

mínimo los imprescindibles para asentar la fe. Llamemos, si parece bien, a este mínimo con el nombre de "Filosofía perenne" ya que constituyen una como "herencia del linaje humano".

2) Un modo personal de exponer estas sentencias, junto con principios también propios del tomismo. Así, no es suficiente, vgr., para negar el carácter tomista que el señor Montoliu atribuye a Dante el mero hecho de que las doctrinas que profesa formen parte todas ellas de este patrimonio común: cabría (lo que ignoro) que las incorporara a su obra en la forma particular como las propone Santo Tomás.

c) Las recomendaciones de la Iglesia se refieren especialmente "a los principios del Santo, sobre los que descansa toda su metafísica"; no a los comunes (que no son "recomendados", sino *obligatorios*) sino a los propios y particulares suyos.

d) V. R. recordará aquel fragmento de Pío X que reproduce en el primero de mis artículos:

"Habiendo Nos dicho en el lugar citado (*Encíclica Pascendi*) que la filosofía de Santo Tomás se ha de seguir "principalmente", y no habiendo escrito la palabra "únicamente", algunos han creído que se conformaban con nuestra voluntad o al menos que no se oponían a ella, si en las materias enseñadas en Filosofía por cualquiera de los Doctores Escolásticos, aunque estas enseñanzas se contrapusieran a los principios de Santo Tomás, optaban indistintamente por ellas. Mas su parecer les ha engañado en gran manera".

Y aquel otro de Pío XI, también reproducido allí:

"Entre los amadores de Santo Tomás, como conviene que sean todos los hijos de la Iglesia que estudian disciplinas superiores, deseamos aquella honesta emulación en justa libertad en la que progresan los estudios (...) Que todos procedan de acuerdo con esa norma, de manera que todos puedan llamarlo en verdad su Maestro.

"Pero no exijan unos de otros más de lo que exige de todos la Iglesia, Maestra y Madre de todos; en estas cuestiones de que suelen disputar en las Escuelas en contrarias partes los autores de más renombre, a nadie ha de prohibirse seguir la sentencia que considere más verosímil".

e) Esta libertad de espíritu se deja, por consiguiente, con respecto a los puntos que discuten los autores de más renombre, en tanto que no se oponen explícitamente a los principios fundamentales del Maestro común; por esto me sorprende un poco la declaración que V. R. atribuye a la Sagrada Congregación de Estudios, al afirmar en su nota:

"No menos elocuente es la declaración de la Sagrada Congregación acerca de las 24 tesis tomistas. Contra los que pretendían haber encontrado el punto de apoyo seguro para derribar a los contrarios, declaró la Congregación que si las 24 tesis tomistas eran doctrina segura, no menos seguras podían ser las 24 contrarias"; agradeceré a V. R. que me facilite el texto en que se contiene la frase subrayada. Por mi parte, reconozco desde ahora que la declaración de la Congregación de Estudios no implica censura para otras doctrinas por el mero hecho de que se funden en tesis diversas, ya que no *contrarias*; mas, querido amigo, ¿no opina V. R. que sería muy afortunado "haber encontrado un punto de apoyo seguro para derribar a los contrarios" aunque este punto de apoyo fueran las 24 tesis tomistas?

f) Mi interpretación me parece ecuánime: por una par-

te, reconocer la especial e innegable recomendación que hace la Iglesia de la filosofía de Santo Tomás; por otra, que esta recomendación no es "exclusiva", sino "inclusiva" de los sistemas de los otros Doctores que por cualquier razón completan o refuerzan al tomismo, o simplemente coincidan con él.

No temo dejarme conducir por V. R. al terreno (para mí menos conocido que otros) de la historia, porque tengo bien presente lo que escribe León XIII en su *Aeterni Patris*, para fundamentar su afirmación de que "entre los Doctores Escolásticos descuella sobremanera (*longue emitet*) como príncipe y maestro que fué de todos ellos el Angélico Tomás de Aquino". Si pensamos en los que le precedieron, nota muy bien Cayetano que "por la suma veneración con que honró a los doctores sagrados, recibió en cierto modo la inteligencia de todos ellos". Puesto que "las doctrinas de éstos, dispersas a modo de miembros separados de un mismo cuerpo, Tomás las unió y ligó en un haz, las fundió en un orden admirable y con tales aumentos las enriqueció que con justa razón es tenido el santo Doctor por singular auxilio y honor de la Iglesia".

Si pensamos, en cambio, en los que le siguieron, todos son tributarios suyos: "El Angélico Doctor abarcó las conclusiones filosóficas en razones y principios de las cosas de tan considerable latitud que contienen dentro de sí la semilla de innumerables verdades, desarrolladas oportunamente con fruto muy abundante por los maestros que vinieron después. (...) Por todas estas razones, los hombres más doctos y que merecieron más alabanza de la Filosofía y Teología por la extensión y profundidad de su saber, después de haber explorado con estudio increíble los inmortales volúmenes de Tomás entregáronse sin reserva a su angélica sabiduría, más todavía que para ilustrar sus ánimos, para sustentarse y nutrirse con ella".

* * *

¿Quién pretende negar la importancia de la *Summa sententiarum* de Pedro Lombardo? ¿O quitar relieve a la extraordinaria figura del Abad de Claraval, que bastaría llenar su siglo? ¿Quién la regateará a San Buenaventura, "príncipe de la Mística Teología", de quien ha escrito un Pontífice que "en San Buenaventura se da en grado notable y singular el hecho de que, no sólo descuella por su sutileza en argumentar, por su facilidad en enseñar, por su acierto en definir, sino que posee en alto grado una como fuerza divina para mover a los ánimos, llenando de compunción sus corazones e inundándolos con la dulzura de una devoción admirable"? Mas ¿quién negará que lo más sólido de sus doctrinas está virtualmente incorporado en la síntesis tomista?

No me atribuya V. R. este "espíritu de regateo", se lo ruego en caridad; no me haga culpable de un "escándalo intelectual" que me proponía, al contrario, contribuir a disipar.

Tal vez reemprenda, en otro momento, la serie truncada de mis artículos anteriores; me gustaría tratar con los lectores de CRISTIANIDAD, por ejemplo, el célebre problema de la "distinción real de esencia y existencia en las criaturas y su identidad en Dios", precisando lo mejor posible su importancia y necesidad para toda filosofía cristiana es tanta como en algún momento se ha pretendido; cuál es el lugar que le corresponde dentro del sistema tomista, etc.

Sea lo que fuere, espero desde ahora que, ni que en algún momento nos separen diferencias particulares de opinión, no dudará V. R. de la sinceridad y afecto de su s. s. en Xsto. q. b. s. m.

Jaime Bofill

Por la extraordinaria densidad tipográfica del presente número, ha resultado materialmente imposible incluir, por su extensión, un artículo, nota de actualidad interesantísima, que guarda una profunda relación con el fondo y la razón del tema que hoy tratamos. El mencionado artículo titulado "EL PROTESTANTISMO EN SURAMÉRICA", estudia el problema que plantea la propaganda y los avances del protestantismo en aquellos países tan emparentados con nosotros.

Noticiario quincenal

El Palacio de los Papas en Aviñón

Su Santidad Pío XII ha dirigido una carta al Arzobispo de Aviñón, Monseñor Lobet, para expresarle su satisfacción por el hecho de haberse celebrado la Santa Misa por primera vez en el Palacio de los Papas de aquella ciudad, desde los tiempos de la Revolución Francesa.

En el aniversario de la ejecución de Luis XVI se dijo así mismo una Misa por el eterno descanso de su alma.

Hallazgo en Jerusalén de inscripciones sobre la crucifixión de Nuestro Señor Jesucristo

Por el profesor E. L. Sukenis han sido halladas en una cueva al sur de Jerusalén, unas inscripciones hebreas, junto a numerosos osarios, que parecen ser lamentaciones sobre la Crucifixión de Cristo, registradas por sus discípulos judíos.

Elas serían primitivas referencias de aquel histórico proceso seguido por Poncio Pilatos contra Jesucristo, no pudiendo ser posteriores a la primera centuria de la Era Cristiana. Representa la primera prueba fehaciente desenterrada de las relaciones de los judíos con Cristo y demuestra cómo Jesús tenía ya discípulos entre éstos en aquel tiempo.

Según manifestaciones del mencionado profesor, por ahora sólo es posible decir que estas inscripciones y osarios datan del período inmediatamente anterior a la destrucción del segundo templo, en el septuagésimo año de nuestra Era.

La Orden del Cister vuelve a Escocia

Tras de un exilio de más de 400 años, a primeros de mes ha vuelto a establecerse esa antigua comunidad católica en tierras escocesas. La ceremonia oficial tuvo lugar ya el día de la Purificación. El Rvdo. Padre Camilo Claffey, Abad de la Abadía de San José, en Roscrea, Irlanda, tomó formalmente posesión del convento de Nunraw, dejando luego allí como Superior al P. Miguel Sherry, junto con una pequeña comunidad de cinco miembros. Celebró la primera Misa el Arzobispo de Edimburgo.

La mansión que ocupan es el antiguo convento construido a principios del siglo XVI que tiene una torre perteneciente al Castillo de Nunraw, el que quedó vacío en el año 1567, cuando la supresión de las comunidades religiosas. Actualmente se le ha dado la denominación de "Santa María de Nunraw".

Ciudad del Vaticano.

Antigua ceremonia que se repite

Luego de un espacio de dieciocho siglos, en estos días, será revivido cuando Monseñor Agagianan, Patriarca de Armenia, como más antiguo de los Cardenales, ofrezca la Misa por el pueblo de Roma en el aniversario de la Coronación del Papa, el único caso anterior de Misa celebrada en Roma en rito armenio. La última Misa por el Pueblo de Roma celebrada en rito oriental fué celebrada por San Policarpo, Obispo de Esmirna, cuando el Papa Aniceto le recibió en el siglo segundo de nuestra era.

Este será el segundo Cardenal de la Iglesia oriental. El primero fué el Cardenal Tappouni, Patriarca de Antioquía, que fué promovido a tal dignidad por Pío XI en 1935.

Monseñor Agagianan está realizando una inmensa tarea de codificación de los cánones de la Iglesia de oriente, que se

halla próxima a ser terminada, y que se asegura causará un gran efecto. Fué por espacio de algunos años Rector del Colegio armenio en la Via San Nicolás de Tolentino de Roma. Nacido en la actual Rusia soviética, fué enviado a Roma por el Obispo de Tiflis, cursando estudios en el Colegio de Propaganda.

Restauraciones en la gruta de la Natividad

Dirigido por el dominico arqueólogo Pedro Abel, han tenido lugar en el Portal de Belén, recientemente, obras de limpieza y acondicionamiento; la cera depositada por las lámparas votivas de sucesivas generaciones ha sido removida. Quitado el gran tapiz regalado por el Presidente francés Mac Mahon, ha sido posible limpiar el mármol que recubre las paredes de la cueva; al ser removida la suciedad y el polvo de la parte interior de la misma, ha aparecido un mosaico bizantino medioeval, representando el Nacimiento del Señor.

Según el propio Padre Abel, se tiene la evidencia documental de que ya el año 135 de nuestra era, tal lugar, era venerado como el de Nacimiento de Jesucristo.

La primera baja en el nuevo Colegio Cardenalicio

Apenas veinte días ha llegado a estar completo el Senado de la Iglesia. Tras de la ceremonia de investidura y recepción del capelo cardenalicio, cuando se dirigía a su diócesis de Saint Louis, en Estados Unidos, y mientras permaneciera con todos los honores en Dublín, falleció el Cardenal John Joseph Glennon. Nacido precisamente en esa tierra católica de Irlanda, en la aldea de Kinkead, ha querido la Providencia que a los 83 años, luego de ejemplar vida de apostolado y de 43 años de hallarse al frente de su diócesis, viniera a la misma, tras de lograr la alta dignidad cardenalicia, para finalizar la existencia allí empezada. No obstante esa coincidencia sus restos serán inhumados en la catedral de su diócesis, permaneciendo de esa forma entre sus fieles, a cuyo fin fueron conducidos por avión.

Noticias mejicanas

Como corroboración de la mayor actualidad de cuanto se dice en un artículo de este número tomamos algunos párrafos de la crónica publicada hace unos días por "El Correo Catalán". Corresponden a manifestaciones del Padre Vicente Echarri, superior general de una orden allí establecida a su regreso de Roma donde fué recibido por el Santo Padre. Dice el P. Echarri:

"El pueblo mejicano es profundamente católico. Sería el más religioso del mundo si hubieran sacerdotes...

La Iglesia cuenta en Méjico con todas las clases sociales; lo mismo con los altos que con los bajos. En los duros tiempos de la persecución el mejor defensor de la Iglesia era el mismo pueblo que vivía en continuo alerta...

La masonería norteamericana hace cuanto puede en el país. Cultiva las esferas oficiales. De ahí el contrasentido que se da entre la mayoría del pueblo y el Gobierno.

El protestante gasta a raudales el dinero para conseguir concurrentes a sus actos de propaganda. Hace seis años se convirtió al catolicismo un pastor protestante. Muy célebre fué su declaración con tal motivo; dijo que lo más difícil para él era librarse de los compromisos masónicos, pues los protestantes eran inscritos en la masonería con el grado 33".

A LA LUZ DEL VATICANO

La prensa católica en Eslovaquia

Antes de la guerra existían en Eslovaquia un total de 30 publicaciones católicas. Hoy día sólo restan cuatro de ellas, a saber: *Katolicke Noviny*, *Putnik Cyrilometodesjky*, *Nove Prace* y *Smer*. El segundo y tercero publicados por la Sociedad de San Adalberto y el cuarto por los Padres Dominicos.

La citada sociedad de San Adalberto, residente en Trnava, celebrará en noviembre su 75 aniversario. Presidida por Monseñor A. Raska, sus miembros son unos 150.000. Su anterior Presidente, Monseñor Jan Poesteni, está en la cárcel. Durante el tiempo de vida que lleva ha editado más de dieciséis millones de libros en lengua eslovaca. Comenzó sus actividades bajo el Imperio Austro-Húngaro y siempre fué heraldo de la catolicidad y de los esfuerzos por la nacionalidad eslovaca.

El *Katolicke Noviny*, que aparece en Bratislava, la llamada capital, salió hace seis años, estando suspendido durante la guerra y reanudando su publicación en septiembre pasado.

Palabras del Papa a una misión de Jefes católicos

Entre otras frases y refiriéndose concretamente al aspecto social de los problemas actuales, Su Santidad dijo:

“Los católicos deben poner toda su fe en las enseñanzas de la Iglesia, en su programa, en sus formas positivas y constructivas, y no tienen necesidad de ir a tomarlas como préstamo, o cosa parecida, de los demás. Para todas las naciones y para toda la humanidad valen estos principios: sólo un pensamiento y una voluntad fecundas, animados por la fe de Cristo, pueden dar al mundo la verdadera paz y salvar los indiscutibles valores de la civilización”.

Regreso de un ejemplar misionero

Hace poco llegó a nuestra ciudad, procedente de Suramérica, el Padre Antonio Llopis, franciscano. Ausente por espacio de más de 30 años de nuestra patria, regresa a ella por su grave enfermedad palúdica. Durante ese tiempo permaneció en las misiones de Bolivia de la Orden Franciscana, en las proximidades de la frontera del Brasil, realizando una magnífica labor de apostolado. Por su importancia dicha región fué dividida en tres Vicariatos generales: uno de los Franciscanos, otro de los Redentoristas y un tercero de la Congregación “Marignan” norteamericana.

Conversiones al catolicismo

Nuevamente nos es dado llenar con este apartado del noticiario sin que nos falte la correspondiente noticia de calibre e interés como para hacer expresa mención.

En este caso se trata de persona cuyo nombre es sobradamente conocido en todo el mundo: de Henry Ford II, el nieto del gran constructor americano de automóviles del mismo nombre, actual Presidente de tal corporación. Como complemento de la noticia y para ilustración de su personalidad daremos algunos datos biográficos.

Nació en Detroit el 4 septiembre de 1917, en aquella época en que los secuestros de niños y exigencia de poderosos rescates era un “productivo negocio”, por lo que pasó sus primeros doce años casi recluso en la mansión de Jefferson East. Hizo sus estudios en Holchkiss-Lakeville, terminándolos en 1936.

Entonces empieza lo que pudiéramos llamar su vida externa y de relación con el negocio de la familia. Salió de viaje para Europa, junto con sus padres y hermano menor, visitando las instalaciones de Inglaterra, Alemania y Francia. En ese viaje había de encontrar la semilla de su fe y su felicidad, pues a bordo del “Queen Mary”, donde lo hizo, co-

nció a la jovencita Ana Mac Donnell, de familia católica, quien con sus encantos y su persuasivo ejemplo le habían de llevar al matrimonio y la conversión, lo que sucedió en 1940, abandonando la secta protestante de los Metodistas a que perteneciera y casándose el 13 de julio de 1940 en Southampton, recibiendo expresa bendición del Papa Pío XII. Instalados cerca del lago St. Clair, en Detroit, empezó una serie de trabajos benéficos y de caridad, siendo protector especial de la Academia del Sagrado Corazón.

En 1941 se alistó como voluntario en la Armada, de donde había de sacarle la prematura muerte de su padre Edsel, entonces Presidente de la Ford, pues tras breve interregno de su abuelo y previo aprendizaje bajo la dirección de éste, estimando las Autoridades que sus servicios a la nación eran más útiles en esa labor directiva, asumió la presidencia de la Universal empresa automovilística, en donde continúa.

No se crea que tienen los americanos el monopolio de las conversiones, pues también se dan por otras latitudes. Así resulta interesante la reciente conversión de un sargento moro de la Legión al catolicismo, hecho acaecido en Lérida. Selan Ben Selan Chaye, ingresó en ese instituto armado nada menos que a los ocho años de edad; ahora a los treinta ha llegado a conocer la verdadera fe, siendo bautizado con el nombre de Sancho Antonio Romero Pérez. Tras de las aguas bautismales recibió la Sagrada Comunión y, seguidamente, contrajo matrimonio canónico, todo lo cual tuvo lugar en la Iglesia parroquial de San Martín de la capital leridana.

Nuevo Patriarca de la Iglesia griega en Turquía

Hace poco comunicábamos la noticia del fallecimiento del anterior Patriarca territorial, Jefe de esa Iglesia disidente. Ahora nos toca hacerlo respecto de la designación de su sucesor.

El elegido ha sido Monseñor Máximos, que ya en anterior ocasión fué objeto de oposición por parte del Gobierno turco en orden a su designación, llegando a estar desterrado en cierta manera hace dos años, y que la actual no parece haber sido recibida con mayor agrado, dada la total abstención de representaciones oficiales y de honores por las fuerzas militares, como se hiciera en ocasiones anteriores. Al mismo se le señala como de manifiestas tendencias hacia la izquierda.

Frutos de la labor misional. Primeros sacerdotes católicos

Entresacamos de la crónica mensual de la revista “Misiones Dominicanas”, los siguientes interesantes datos:

“En el seminario de Green Meadows (Nueva Zelanda), ha subido a las gradas del altar el primer sacerdote maorí. Guillermo Te Avito es el primero de esa raza que llega al sacerdocio. Su coronación culmina la gloria de 160 años de duros trabajos misionales en aquellas regiones de Oceanía.

El primer sacerdote negro, del Vicariato Apostólico de Windhoeck, perteneciente a la antigua colonia alemana hoy agregada a la Unión Sudafricana, Padre Gerardo Molelekwa, oblato de María Inmaculada, ha venido a ser el mismo al recibir las órdenes sagradas.

Esa Misión fué fundada en el año 1923 por el Padre Watterot y cuenta con 15.000 católicos entre los 300.000 habitantes de su territorio. El nuevo sacerdote pertenece a la tribu de los “Betchuanas”, que, después de veintidós años de arduo trabajo misional, ha sido convertida totalmente al catolicismo y constituye hoy en día una cristiandad ejemplar”.

En este caso damos la noticia de conversiones, no ya individuales, sino en masa, por tribus.

CON CENSURA ECLESIASTICA

EN PRENSA:

LA VUELTA A LOS ALTARES

POR LUIS GREUS VIDAL

**TENGA PRESENTE ESTE TITULO
NO OLVIDE ESTA PUBLICACION**

STUDIA

REVISTA MENSUAL DE CULTURA RELIGIOSA

Director: Dr. Antonio Sancho, Canónigo Magistral

Pont y Vich, 14

PALMA DE MALLORCA

Cuevas de Artá

MALLORCA



Múltiples son las bellezas con que dotó Dios a esta privilegiada Isla, de todas sobresale una por su magnificencia:

Las maravillosas
Cuevas de Artá

Catolicismo

Revista Mensual de Misiones

Fuencarral, 51

Madrid